

**Trabajo Fin de Máster**

# **La violencia invisible en la pareja. Discurso en torno a la violencia intragénero en Navarra**

**Maria Isabella Cristea**

Codirección:

**Edurne Jabat Torres  
Lohitzune Zuloaga Lojo**

**Curso 2017-2018**

**upna**

Universidad Pública de Navarra  
Nafarroako Unibertsitate Publikoa

**Máster en Dinámicas de Cambio en las Sociedades Modernas Avanzada**



## RESUMEN

La violencia intragénero es aquella que se produce en el marco de las parejas del mismo sexo, siendo su tipología más frecuente el abuso verbal y el psicológico. Las agresiones derivadas de la orientación sexual, como el *outing*, sólo son sufridas por personas homosexuales, lo que supone una doble agresión -simbólica e interpersonal- para las víctimas de violencia intragénero. A través de un estudio exploratorio, empírico y cualitativo -llevado a cabo a través de entrevistas semiestructuradas y un grupo triangular- se ha podido comprobar que este tipo de violencia permanece invisibilizada en la sociedad navarra. El discurso existente en torno a este tema es limitado y no parece salirse de los círculos existentes alrededor de los colectivos LGTBI. De los resultados obtenidos se puede destacar que no son los mitos en torno a la orientación sexual, sino aquellos relacionados con los roles de género los que más peso tiene en la construcción de este discurso. Cabe también señalar que la respuesta institucional al problema es escasa debido a la invisibilidad y desconocimiento del tema, y desde servicios de atención a colectivos LGTBI se indica la necesidad de obtener más recursos y formación para tratar adecuadamente este problema.

*Palabras clave:* violencia intragénero; violencia invisible; violencia en parejas homosexuales.

## **ABSTRACT**

Intragender violence is violence that occurs within the framework of same-sex couples. The most frequent types are verbal and psychological abuse. Abuse linked to sexual orientation, such as outing, is only perceived by homosexual persons, therefore corroborating a double aggression: symbolic and interpersonal, which victims of intragender violence suffer. Through an exploratory, empirical and qualitative study carried out through semi-structured interviews and a triangular group, it has been proven that this type of violence remains invisible in the Navarre society. The existing discourse on this subject is limited and does not seem to be heard of outside of the LGBTI community. Contrary to what was thought it is not the myths about sexual orientation but those related to gender roles that holds more importance in the construction of this discourse. The institutional response to the problem is quite limited due to the invisibility and ignorance of the subject. From LGBTI collective care services suggest the need for more resources and training to adequately address this problem indicated.

*Keywords:* intragender violence; invisible violence; violence in homosexual couples.

## **ÍNDICE**

INTRODUCCIÓN .....	7
1. LA VIOLENCIA COMO CARACTERÍSTICA HUMANA .....	9
1.1. Tipología de la violencia interpersonal .....	11
2. LA VIOLENCIA EN LA PAREJA .....	15
2.1. Ciclo de la violencia .....	17
2.2. Tratamiento legal .....	19
3. LA VIOLENCIA EN LAS PAREJAS DEL MISMO SEXO.....	23
3.1. Homosexualidad y heteronormatividad.....	23
3.2. Características de la violencia intragénero .....	25
3.3. La violencia intragénero en España.....	30
4. OBJETIVOS.....	37
5. HIPÓTESIS .....	39
6. METODOLOGÍA .....	41
7. RESULTADOS .....	45
7.1. Prevalencia de la violencia intragénero en Navarra .....	45
7.2. Qué se entiende por violencia intragénero .....	45
7.3. Tipología de la violencia intragénero .....	47
7.4. Percepción sobre la información disponible.....	49
7.5. Controversias y debates en torno a la violencia intragénero .....	51
7.6. Importancia que recibe la violencia intragénero.....	53
7.7. Diferencias de género .....	55
7.8. Diferencias respecto a la violencia de género .....	57
7.9. Respuesta institucional ante la violencia intragénero.....	59
7.10. Recursos necesarios para tratar la violencia intragénero.....	61
CONCLUSIONES .....	65
REFERENCIAS.....	69



## INTRODUCCIÓN

La violencia que se produce en el ámbito de las parejas sentimentales es un fenómeno que ha adquirido gran relevancia en los últimos años en diversos ámbitos sociales. Sin embargo, la preocupación por el problema se ha centrado en las parejas heterosexuales, y cabe preguntarse si esta cuestión afecta de igual forma a las parejas indiferentemente de su género o de su orientación sexual. La violencia en las parejas del mismo sexo no ha logrado el protagonismo en las agendas que disfruta actualmente la que se produce en las parejas heterosexuales, apenas dispone de estudios sobre su incidencia y tampoco parece ser un tema a considerar a la hora de elaborar políticas públicas.

Esta investigación propone conocer el discurso existente en torno a la violencia intragénero y comprobar si es una violencia invisibilizada en la sociedad navarra. La principal motivación para realizarla es proporcionar mayor conocimiento sobre una temática escasamente abordada por el mundo académico. No se dispone de información sobre violencia intragénero a nivel local en Navarra, y las escasas estadísticas accesibles a nivel nacional, proporcionadas por asociaciones LGTBI, no permiten una generalización de los datos recogidos. Nos encontramos, por tanto, ante una problemática prácticamente desconocida que requiere mayor conocimiento y visibilidad, puesto que sus víctimas son doblemente agredidas: indirecta y simbólicamente, al salirse de la heteronormatividad, y directamente, por sus parejas que ejercen violencia.

Antes de comenzar con el análisis se definirán conceptos básicos como la violencia, los tipos de violencia interpersonal, y la homosexualidad y su relación con la heteronormatividad. Los pocos datos que han recogido diversas asociaciones LGTBI han permitido establecer los antecedentes que contextualizan la realidad española en materia de violencia intragénero. Para unos resultados más precisos, se ha optado por delimitar el

discurso exclusivamente sobre la violencia en parejas gays y lesbianas, dejando para posibles investigaciones posteriores otros tipos de parejas integrantes del colectivo LGTBI. Para lograr los objetivos se ha realizado una investigación empírica aplicada al contexto navarro a través de entrevistas individuales y un grupo triangular que han permitido corroborar la hipótesis propuesta. Se puede afirmar que la violencia intragénero es un tema invisibilizado, que pasa desapercibido en los debates cotidianos y que, a pesar de su gravedad, tampoco está siendo abordado en los colectivos LGTBI. Esta tipología violenta tiene características propias que la distinguen de otros tipos de violencia y rompe con los parámetros que vinculan la agresividad y la masculinidad. Aun así, no existen todavía recursos ni mecanismos institucionales que obstaculicen o alerten de su desempeño, lo que descoloca tanto a las personas que la sufren como a los técnicos, que se ven obligados a delegar *indefinidamente* la intervención en otras personas que tampoco cuentan con los medios necesarios para hacer frente a la situación.



## 1. LA VIOLENCIA COMO CARACTERÍSTICA HUMANA

La violencia ha ejercido sobre el ser humano una atracción excepcional convirtiéndose en un elemento común de sus relaciones sociales e institucionales. Por un lado, su uso se ha justificado como recurso legítimo en la intervención pública pero, por otro, se ha descalificado como método de usurpación y opresión. La violencia es intrínseca a todas las formaciones sociales, sin importar tiempo ni espacio geográfico (González, E., 2000:154). Pueyo y Redondo afirman que la violencia no es sólo un comportamiento o una respuesta emocional, sino que también configura una estrategia psicológica para alcanzar un objetivo (citado en Mendieta, 2008:4).

Etimológicamente, el concepto de *violencia* deriva del latín *vis* (fuerza) y *latus* (transportar), lo que nos lleva a pensar que significa llevar la fuerza hacia algo o alguien. Este término es utilizado para designar multitud de fenómenos que tienen que ver con las guerras entre Estados, las crisis políticas, las agresiones humanas, las agresiones entre animales o incluso las catástrofes naturales. A diferencia de la fuerza, la violencia lleva implícito un juicio condenatorio, que la convierte en éticamente cuestionable (Blair, 2009:19-21). La violencia, afirma Martínez (2016:13-16), no es un hecho aislado, sino que configura la forma que adquieren ciertas relaciones sociales, es decir, es un acto relacional, un tipo de relación social establecido a través de la negación del otro.

Un término tan amplio suscita un conflicto importante a la hora de su conceptualización. Blair (2009:11) define la violencia como el «uso ilegítimo o ilegal de la fuerza», diferenciándola de la *violencia legítima*. El primero en utilizar la noción de *violencia legítima* fue Max Weber (2002), al sugerir que es la fuerza sobre la cual el Estado mantiene el monopolio bajo el fin de conservar el orden vigente. Es decir, desde el punto de vista de Weber, la violencia legítima es la única violencia permisible y sólo puede ser utilizada por el Estado para asegurar que se cumplen sus preceptos. Siguiendo

con los clásicos de la sociología, Durkheim (1982) considera que el conflicto y la violencia derivan de la falta de normas, dando lugar a una anomia. Por tanto, para Durkheim, la ausencia de un marco normativo propicia situaciones conflictivas que sólo pueden resolverse a través de la violencia. En una interpretación más colectiva, Marx (1959) señala que la violencia es inevitable mientras exista opresión, y diferencia entre violencia reaccionaria, para defender los privilegios de la clase burguesa, y violencia revolucionaria si se utiliza para crear un nuevo orden.

Definidas escuetamente la violencia legítima y la violencia colectiva –dos procesos ampliamente estudiados por la sociología– se puede observar que no se ajustan acertadamente al objeto de esta investigación. No obstante, se ha considerado conveniente ofrecer una definición holística de este concepto. Es la violencia interpersonal la que otorga una mejor definición de nuestro problema. Ésta puede entenderse como:

cualquier estado, intención y/o acción o acciones de naturaleza destructiva, dirigidos directa o indirectamente contra una persona, varias personas o contra otras especies animales<sup>1</sup> que no desean dicho dolor o consecuencia negativa [...] generados con la intención de causar a la víctima daño o sufrimiento deliberadamente o para conseguir otros fines (Toldos, 2013:21).

La violencia interpersonal no es necesariamente un fenómeno individual, pues puede adquirir un enfoque colectivo en la medida en que sus características se repiten. Es lo que caracteriza a la violencia de género, por ejemplo, donde un grupo social -hombres- ejerce violencia sobre otro -mujeres- para perpetuar las diferencias estructurales que les beneficia. Ello lleva a cuestionarse si la violencia intragénero también posee una carga colectiva, pues no existen diferencias estructurales de género entre ambos miembros de la pareja pero se reproducen las actitudes machistas de la violencia de género.

---

<sup>1</sup> Aunque la violencia interpersonal es una relación que se da entre personas, éstas pueden maltratarse indirectamente a través del daño a objetos o animales que pertenecen a la persona agredida. Por ello se mantiene la definición original de Toldos que incluye el perjuicio de otras especies animales, como puede ser un animal de compañía.

A pesar de que esta investigación tiene como base la violencia interpersonal que surge en parejas del mismo sexo, no se puede obviar la carga de violencia simbólica previa que sufre este colectivo por salirse de la heteronormatividad. Bourdieu (2000) define la violencia simbólica como la invisibilización de la dominación a través de la aceptación e internalización de los esquemas y valores de las élites dominantes. Explicado en otras palabras, la violencia simbólica y social

es el ideal dominante y coercitivo que nace desde el seno de la cultura y nos forma dentro de ella, nos amolda [...], conduce a las personas a actuar por medio de sus leyes invisibles, generando que ante la mínima diferencia se señale y desprecie a quien no “encaja” en la línea de lo “normal” (Jara, 2016:16).

Por tanto, se podría decir que la violencia es una relación social que consiste en la subordinación o negación del otro a través de la fuerza o la amenaza de la fuerza, para conseguir un fin o un sufrimiento deliberativo. La violencia puede utilizarse *legítimamente* por un Estado para asegurar el cumplimiento de sus preceptos, *colectivamente* por un grupo social para mantener o cambiar el orden vigente, simbólicamente a través de la interiorización de valores para perpetuar éstos o unas normas sociales no escritas o *interpersonalmente* para establecer una relación de poder entre dos o más individuos.

### 1.1. Tipología de la violencia interpersonal

De las múltiples maneras de categorizar los actos violentos, se ha optado por su clasificación en función de la forma en la que estos actos se exteriorizan. Tras analizar las observaciones de diversos autores (Cuervo y Martínez, 2013:52-54; Lagar, 2017:5; Ortega, 2014:27; Mendieta, 2008:4-5; Rebollo y Gómez. 2011:8; Toldos, 2013:23-27), se pueden establecer 9 categorías no excluyentes:

- Violencia física. Comportamientos o conductas agresivas con la intención de provocar daño o sufrimiento a través del contacto directo con el cuerpo de la

víctima. Golpes, empujones, tirones de pelo, arrojar objetos hacia la víctima, etc.

- Violencia psicológica. Conductas, actos o exposición a situaciones que pueden ocasionar daño emocional o impedir un desarrollo psicológico sano. Estos abusos son difíciles de ver y de demostrar y pueden materializarse a través de desvaloraciones, críticas, amenazas, humillaciones o chantajes.
- Violencia verbal. Suele derivar en situaciones de violencia psicológica y, dada la estrecha relación entre ambas categorías, resulta difícil establecer una distinción entre ellas. La violencia verbal se caracteriza por una actitud hostil a través del lenguaje verbal y se exterioriza a través de insultos, amenazas, desprecios y reproches, entre otros.
- Violencia indirecta. La principal característica de este tipo de agresión es que los daños producidos se llevan a cabo sin que se perciba la intención del agresor. Dañar pertenencias o animales de la víctima, difundir rumores sobre la persona agredida, contar sus secretos o convencer a terceras personas para que rompan el contacto con ésta son algunos ejemplos de este tipo de agresión.
- Violencia económica. Cualquier acción que niegue los recursos de autosuficiencia, mediante la utilización de la superioridad económica con el fin de controlar a la víctima, la utilización de la víctima para conseguir recursos o realizando un manejo abusivo de sus bienes. Prohibir o impedir a la pareja el desarrollo laboral o académico puede ser un claro ejemplo de violencia económica.
- Violencia digital. Diversos autores incluyen en esta *nueva* categoría el ciberacoso, el *sexting*, el control del móvil o de las redes sociales, la instalación de aplicaciones de localización y cualquier tipo de violencia que

se produzca a través de internet o de los mecanismos de comunicación surgidos de esta plataforma.

- Violencia sexual. La víctima es obligada, inducida o presionada a realizar prácticas sexuales no deseadas.
- *Outing*. Es una expresión anglosajona que consiste en amenazar con revelar a amigos, familiares y compañeros de trabajo, la orientación sexual de una persona sin su consentimiento. También se denomina *outing* al hecho de revelar el estatus serológico de una persona. Este tipo de abuso, junto al abuso sobre la orientación sexual, sólo puede producirse hacia personas que pertenecen al colectivo LGTBI.
- Abusos sobre la orientación sexual. Consiste en acusar de no cumplir con los estereotipos que definen a las personas homosexuales con el fin de obtener el control sobre la pareja, mediante chantajes u otros mecanismos. Por ejemplo, que una mujer lesbiana le diga a su pareja que es demasiado femenina y poner en duda su sexualidad con ello, chantajeando u obligándole a hacer cosas que no desea utilizando ese estereotipo como pretexto.

Las últimas dos categorías podrían haberse incluido en el apartado de violencia psicológica. No obstante, al producirse únicamente en parejas del mismo sexo y llevar una doble carga violenta -directa a través de la pareja e indirecta al cuestionarse su orientación sexual- se ha considerado oportuno un apartado diferenciado.



## 2. LA VIOLENCIA EN LA PAREJA

La violencia doméstica alude a los abusos que se sufren en el ámbito intrafamiliar. Integra los malos tratos que cualquier sujeto del núcleo familiar recibe por parte de otro de sus miembros. Afecta a las personas más vulnerables que conviven con el agresor, éste no tiene por qué ser el hombre ni la persona más fuerte, como tampoco tiene que ser siempre la víctima una mujer (Adam, 2013:24). Dentro de las agresiones domésticas, la violencia en la pareja suele ser la más recurrente y recibe un nombre diferente -violencia de género o violencia intragénero, por ejemplo- en función de quien ejecuta y quien recibe la agresión. Aunque en esta investigación se utilice el término *pareja* cuando se habla de este tipo de agresiones, también puede referir a una relación similar de afectividad, con o sin convivencia, una relación sexual o una relación afectiva pasada, sin necesidad de que la persona agresora y la agredida se perciban socialmente como una pareja formal.

Johnson y Ferraro diferencian cuatro tipos de violencia dentro de la pareja: violencia situacional, terrorismo íntimo, resistencia violenta y control violento mutuo. La *violencia situacional* es la tipología más frecuente y consiste en tensiones o discusiones, normalmente esporádicas, fruto de los desacuerdos de la convivencia y que no tienen como fin el control de la pareja. El *terrorismo íntimo* hace referencia a los maltratos reiterados destinados a obtener el control sobre el otro miembro de la pareja. La *resistencia violenta* refiere a una reacción violenta ante los abusos sufridos. Por último, el *control violento mutuo* describe una situación en la que ambos miembros de la pareja intentan, de manera violenta, obtener el control sobre el otro (citado en Ortega, 2014:20-21). Dada la gravedad del terrorismo íntimo, por su continuidad en el tiempo y su fatal finalidad de anulación de la persona agredida, será el tipo de violencia estudiado en esta investigación.

Mendieta (2008:6-10) observa que tanto víctimas como agresores poseen unas características comunes. La víctima de maltratos (1) suele tener una alta tolerancia a comportamientos violentos, por haberlos vivido anteriormente o tener miedo a hacer pública una conducta tan degradante; (2) tiene una necesidad de afecto, por lo que depende emocionalmente de su agresor, quien probablemente también la ha aislado socialmente; (3) tiene miedo de las represalias que puede ocasionar el maltratador, por lo que adquiere patrones de comportamientos sumisos para no desatar la ira de su pareja, olvidando conductas autónomas y saludables; (4) su estado psicológico puede impedir que busque soluciones a sus problemas; y (5) tienen la esperanza de que su agresor cambie. Entre las características del agresor están los problemas con el control de la ira, impulsividad, déficit de autoestima, celos, abuso de alcohol, hostilidad, dependencia emocional y la adquisición de roles masculinos machistas impuestos por una sociedad educada en las diferencias estructurales de género. Las personas maltratadoras suelen hacer uso de la violencia para resolver conflictos puesto que no son capaces de llegar a otras soluciones y no tienen la habilidad suficiente para expresar sus sentimientos y emociones. Teniendo en cuenta que cada pareja es singular, estas características no siguen un patrón estricto, pueden darse todas, algunas o ninguna.

Si el agresor es un hombre y la víctima es una mujer, se denomina violencia de género y la víctima queda protegida bajo los preceptos de la Ley Orgánica 1/2004, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género (LIVG). La violencia de género fue declarada en 1996 por la Organización Mundial de la Salud (OMS) como un problema de salud pública. Para las Naciones Unidas, la violencia contra la mujer es «todo acto de violencia [...] que resulte o pueda tener como resultado un daño físico, sexual o psicológico para la mujer [...] tanto si se producen en la vida pública como en la privada» (citado en Adam, 2013:23). Estas agresiones, también conocidas como agresiones



machistas, son las únicas dentro de la pareja que han alcanzado la categoría de problema público.

Las agresiones que se producen en el ámbito de la pareja heterosexual, en las cuales la persona agresora es una mujer y el agredido es un hombre, no reciben una nomenclatura determinada y se categorizan dentro de los preceptos legales como violencia doméstica.

Si los dos miembros de la pareja son del mismo sexo, la violencia que se produzca entre éstos puede ser declarada como violencia intragénero o, como comúnmente se le conoce, violencia en parejas del mismo sexo. A nivel legal, recibe el mismo tratamiento que otros tipos de violencia doméstica.

Jara (2016:111) percibe 5 diferencias fundamentales entre las vivencias violentas de las parejas homosexuales y heterosexuales: (1) los homosexuales, además del miedo por la existencia de actitudes homófobas en las instituciones, también disponen de menos servicios de atención especializada y asistencia a las víctimas; (2) el aislamiento social puede intensificar la violencia intragénero en sociedades homófobas; (3) proteger la relación de discriminación y estereotipos sociales hace difícil la tarea de reconocer el maltrato dentro de ésta; (4) el agresor puede utilizar prejuicios homófobos y heterosexistas para dominar y manipular a la víctima; y (5) las víctimas que ocultan su orientación sexual se ven obligadas a desvelarla si quieren buscar ayuda.

## **2.1. Ciclo de la violencia**

Uno de los elementos que más se cuestionan de la violencia en la pareja es la permanencia de la víctima junto al agresor a pesar de los maltratos. El entramado en el que se ve inmersa la persona maltratada hace que ésta quede anulada psicológicamente, que no se dé cuenta de su situación de víctima, que el miedo la paralice o que no quiera

terminar su relación de pareja por miedo o bajo la esperanza de que su agresor cambie.

Maria Toldos (2013) ejemplifica acertadamente esta situación:

Suele empezar con actos de violencia de tipo verbal [...] La pareja intenta controlar y aislar a la víctima, aparecen diversas formas de humillación, comienza a denigrar y despreciar a la víctima, empiezan los insultos, las críticas [...] la víctima poco a poco puede sentirse débil e impotente, disminuye su autoestima, aparecen los complejos y sentimientos de culpa, miedo, estrés, desorientación, desmotivación, depresión e indefensión [...] La violencia continuada produce un desgaste en la autoestima de la víctima que puede llegar a dudar de su intelecto, de su capacidad como profesional e incluso de sí misma como persona, al llegar a creer que merece el castigo y el maltrato [...] Cuanto más se reduce el autoestima de la persona, más control puede ejercer la persona que agrede [...] los episodios de violencia tienden a agravarse y hacerse más peligrosos pero la pareja se mantiene en ese ciclo esperando la fase de “luna de miel” (p.41).

Diversos autores (Cuervo y Martínez, 2013:85-86; Mendieta, 2008:5-6; Rebollo y Gómez, 2011:13-14; Ortega, 2014:28; Toldos, 2013:40-42), inspirados en la teoría de Leonore Walker, sugieren que la violencia en la pareja suele seguir un proceso de tres etapas que se repiten cíclicamente: tensión, agresión y luna de miel. Rodríguez et al. (2015;2017) afirman que el proceso también se materializa en las parejas del mismo sexo.

En la fase de construcción de la tensión el agresor se muestra tenso, irritable y distante, aumentando la hostilidad en la pareja. La víctima siente incertidumbre y teme perder su relación, por lo que justifica o quita importancia al comportamiento de su compañero o compañera e intenta no provocar su ira, generalmente llevando a cabo todo lo que su pareja le indica. A pesar de ello, el maltratador encuentra pretextos, muchas veces irreales, que justifican su comportamiento agresivo al mismo tiempo que actúan como *detonantes*.

En la segunda fase, la tensión resulta incontrolable y el agresor explota agrediendo a su víctima bajo cualquier pretexto o excusa. En esta etapa, la más breve de las tres, se

materializa la agresión a través de golpes, empujones o incluso el asesinato de la víctima. La víctima puede *encajar* los golpes y quedar atemorizada frente a su agresor o reaccionar violentamente ante su “castigo”.

La tercera fase se denomina “luna de miel” y se caracteriza por el arrepentimiento de la persona maltratadora, la justificación de la agresión por parte de la víctima y la normalización de la violencia como estrategia para la resolución de los conflictos. El agresor se muestra cariñoso, comprensivo, arrepentido y promete no volver a maltratar a su víctima. La víctima se responsabiliza de los malos tratos sufridos, cree que es un episodio esporádico de violencia, que su pareja cambiará y que los golpes se apaciguarán. Esta fase puede ser más extensa las primeras veces, pero su duración suele menguar a lo largo del tiempo.

Cuervo y Martínez (2013:80-88) añaden dos posibles opciones en este ciclo: continuar o romper el círculo. En el primer caso, la víctima permite los actos de violencia para mantener su relación, con la esperanza de que su agresor cambiará o porque el miedo a las consecuencias le impide finalizar la relación. En el segundo caso, la víctima es consciente de que su relación no cambiará y se ve en la situación o con la capacidad de romper el vínculo.

## **2.2. Tratamiento legal**

La violencia de género es el tipo de violencia familiar más estudiada. Quizás por ello dispone de más mecanismos para hacerle frente respecto a otros tipos de agresiones. La Ley 1/2004, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género afirma que esta tipología violenta se dirige a las mujeres por el mismo hecho de serlo, ya que sus agresores las consideran carentes de los derechos mínimos de libertad, respeto y capacidad de decisión, debido a las situaciones de desigualdad y las relaciones de poder que se da entre ambos géneros. Para que se categorice como violencia de género, los

agresores tienen que ser o haber sido los cónyuges de las personas agredidas o haber mantenido una relación similar de afectividad.

¿Qué implica para las personas agredidas que sean consideradas como víctimas de violencia de género? Después de examinar la Ley 1/2004 y la Guía de derechos de las mujeres víctimas de violencia de género<sup>2</sup> se puede señalar que se pone a disposición de estas personas una serie de mecanismos y protecciones que pueden ayudar a salir del entramado violento. Entre estos mecanismos podemos destacar el servicio gratuito 016 de información y asesoramiento jurídico; exención y reducción en el pago de tasas y procesos judiciales; acceso gratuito a recursos de alojamiento y ayudas para la vivienda; ampliación de derechos laborales; protección especial a los hijos de las víctimas; ayudas económicas en el caso de carecer de rentas; preservación del derecho a la residencia en el país en situaciones en las que las víctimas extranjeras están reagrupadas con su pareja o suspensión del procedimiento sancionador en caso de encontrarse en situación irregular; y el acceso a instituciones públicas especializadas en el tratamiento de la violencia de género.

Cuando se trata de violencia en parejas del mismo sexo, la cobertura legal es bastante diferente. De hecho, no sólo no se dispone de una normativa específica que otorgue mecanismos de protección a las víctimas de violencia intragénero sino que, tras revisar el Código Penal, la Ley 27/2003 reguladora de la Orden de protección de las víctimas de la violencia doméstica y la Ley 3/2007 para la igualdad efectiva de hombres y mujeres, se constata la inexistencia de un precepto que nombre específicamente la violencia intragénero. Sin embargo, dado que está legalizada la formación de familias en las que ambos cónyuges puedan ser del mismo sexo, se presupone que la violencia que se ocasione entre éstos deberá ser tratada como violencia doméstica.

---

<sup>2</sup> Véase [http://www.violenciagenero.msssi.gob.es/informacionUtil/derechos/docs/Guia\\_de\\_derechos\\_2016.pdf](http://www.violenciagenero.msssi.gob.es/informacionUtil/derechos/docs/Guia_de_derechos_2016.pdf)

En cuanto a las normativas forales, se puede destacar la Ley Foral 8/2017, para la igualdad social de las personas LGTBI+, puesto que incluye un apartado dedicado a la violencia intragénero. Según este código, la violencia intragénero es «aquella que en sus diferentes formas se produce en el seno de relaciones afectivas y sexuales entre personas del mismo sexo, constituyendo un ejercicio de poder, siendo el objetivo de la persona que abusa, dominar y controlar a su víctima» (p.14). Para hacer frente a esta situación propone genéricamente la adopción de «medidas de atención a víctimas de la violencia en pareja en las que uno o ambos miembros sean personas LGTBI+, que garanticen la protección de la persona acosada frente a la persona acosadora, facilitando con ello la independencia física y económica de la víctima» (p.24). Puesto que es una Ley de reciente incorporación, las medidas propuestas aún no se han materializado.

Desde diversos colectivos, tal como indican Adam (2013:27) y Carratalá (2016:154), coinciden en la necesidad de proteger a las personas que se sientan agredidas, carentes de libertad, intimidadas o dominadas por sus parejas, independientemente de su género u orientación sexual. Sin embargo, existen dos posturas diferenciadas: por un lado, dotar a la violencia intragénero de una forma jurídica propia o, por otro, que la protección de las víctimas de violencia intragénero se incluya en la Ley Integral contra la Violencia de Género. Mantener la violencia intragénero dentro de la Ley de violencia doméstica no parece una postura defendida por ninguno de estos colectivos.

El hecho de que la Ley de protección contra la violencia de género tenga por objeto actuar contra la violencia que se ejerce sobre las mujeres «como manifestación de la discriminación, la situación de desigualdad y las relaciones de poder de los hombres sobre las mujeres» (p.5) -es decir, la discriminación estructural del género femenino- impide su modificación para incluir también las situaciones de violencia dentro de parejas del mismo sexo. Entonces, una ley creada bajo el supuesto de la *superioridad* del hombre

sobre la mujer no puede admitir casos de violencia en relaciones donde ninguno de los integrantes *suprime* estructuralmente al otro.

Por tanto, podría decirse que la violencia en parejas del mismo sexo no recibe un tratamiento legal diferenciado que permita activar dispositivos para su detección, atenuación y prevención, con la excepción de normativas locales de reciente implantación que todavía no dispone de mecanismos ni protocolos. Mientras tanto, la violencia intragénero puede regirse por los ordenamientos jurídicos aplicables a cualquier tipo de violencia doméstica.

### 3. LA VIOLENCIA EN LAS PAREJAS DEL MISMO SEXO

Antes de abordar las características de la violencia intragénero conviene definir qué se entiende por homosexualidad y por qué las personas con esta orientación sexual son consideradas un colectivo víctima de la violencia simbólica perpetrada por el sistema heteronormativo.

#### 3.1. Homosexualidad y heteronormatividad

Según un estudio de Dalia Research<sup>3</sup>, el 6.9% de la población española se identifica como miembro del colectivo LGTBI, es decir, se estima que algo más de 3 millones de españoles son gays, lesbianas, bisexuales o transexuales.

La homosexualidad<sup>4</sup> viene definida por la orientación sexual. Se entiende por orientación sexual «la tendencia interna y estable que provoca tener reacciones psicológicas de tipo sexual, así como el deseo de mantener conductas sexuales con personas de diferente sexo o del mismo sexo» (García, 2017:36). La teoría, afirma García (2017:36-37), es que se distinga entre homosexuales y heterosexuales, pero en la práctica no tiene el mismo sentido ni categoría social declararse heterosexual que homosexual. Una tercera categoría, que sería la bisexualidad, rompe con el binarismo existente en torno a la orientación sexual. La heterosexualidad no puede considerarse únicamente como la atracción por el sexo opuesto, puesto que contiene una fuerte carga de carácter político y cultural, además, es lo que la sociedad espera y considera normal. La sociedad dispone de mecanismos y normas no escritas que fuerzan a que la mayoría de sus miembros no se salgan del marco de la heterosexualidad (Pichardo, 2008:145-146). A esto se le puede denominar *heteronormatividad* mientras que la asunción heterosexual sería un «continuo

<sup>3</sup> Véase [https://daliaresearch.com/wp-content/uploads/2016/11/2016-12-10\\_pressrel\\_LGBT.pdf](https://daliaresearch.com/wp-content/uploads/2016/11/2016-12-10_pressrel_LGBT.pdf)

<sup>4</sup> Tendencia interna y estable a desear afectiva y sexualmente a personas de igual sexo, con independencia de su manifestación en prácticas sexuales (Baile Ayensa, 2008, citado en García, 2017:37)

privilegio y reforzamiento de la heterosexualidad como norma y de los esquemas heterosexuales como modelos en nuestra cultura» (Pichardo, 2008:115). A través de la heteronormatividad es como se reproduce la violencia simbólica que se comentaba en líneas anteriores. García (2017) afirma acertadamente que:

no se puede considerar que en nuestras sociedades se trate de la misma manera a homosexuales, a heterosexuales y a bisexuales. Del mismo modo que prevalece una subordinación de la mujer o lo femenino al hombre o lo masculino, existe una jerarquía análoga en la que lo heterosexual está por encima y se sitúa como una norma deseable y palpable. Así es como se crea un entorno heteronormativo a través del cual se socializa a los individuos en la idea de que el deseo sexual hacia las personas del otro sexo es lo deseable; y más que deseable, es incluso lo natural (p. 48).

Durante mucho tiempo, la atracción sexual hacia personas del mismo sexo se ha considerado una enfermedad y su materialización ha estado perseguida, estigmatizada y castigada. Incluso en la actualidad, en muchos países sigue considerándose una enfermedad y se utiliza este argumento para impedir tanto su normalización como su normativización (García, 2017:52). En España, la homosexualidad ha estado perseguida legalmente hasta los años 80 del pasado siglo (Pichardo, 2008:144). En el año 2005, se modificó el Código Civil para incluir los matrimonios de personas del mismo sexo. Sin embargo, muchas personas deciden no casarse porque no quieren asumir los costes de hacer pública su orientación sexual. Afirma Pichardo (2008:153) que parte de las resistencias hacia el matrimonio homosexual radican en el reconocimiento social y legal de las parejas homosexuales puesto que ponen en cuestión la heteronormatividad, las concepciones de la familia, la diferencia sexual, la complementariedad entre los sexos y la división sexual del trabajo.

La heteronormatividad suele venir acompañada por la homofobia o LGTBIfobia: una actitud hostil que se materializa en agresiones físicas o verbales y un rechazo



silencioso e institucionalizado de personas homosexuales, a las que se les limita el acceso a derechos, espacios, prestigio o poder (Pichardo, 2008:146). Ésta contiene componentes emocionales, cognitivos, actitudinales y comportamentales, y surge de prejuicios sociales que rigen la manera en la que percibimos, sentimos, valoramos y nos comportamos respecto a un individuo o colectivo.

Según González et al. (2016), la reticencia a incluir en los derechos adquiridos por las personas heterosexuales a las personas homosexuales genera violencia simbólica, que sólo tiene «sentido en un contexto social sesgado por normas heterocéntricas, donde el único modelo aceptable es el modelo de relación heterosexual» (p. 109).

«Ser heterosexual, homosexual o bisexual puede condicionar y de hecho condiciona enormemente la vida de una persona y marca sus posibilidades para alcanzar mayor o menor bienestar y poder» (García, 2017:49). Ante ello, las personas homosexuales iniciaron, mediante redes interpersonales, un movimiento de liberación de lesbianas, gays, bisexuales y transexuales (LGTB). En la actualidad, se han incorporado a esta lucha personas intersexuales, queer, pansexuales y otras comunidades formando el colectivo LGTBIQ+ o LGTB+.

### **3.2. Características de la violencia intragénero**

Como se mencionaba anteriormente, la violencia intragénero es aquella que se produce en el seno de las relaciones afectivas y sexuales entre personas del mismo sexo, con el objetivo de dominar, coaccionar, controlar y/o aislar a la víctima (Rodríguez et al., 2017:50). Que exista este tipo de violencia confunde las bases sobre las que se han asentado las explicaciones sobre la violencia de género porque, en principio, los miembros en las parejas del mismo sexo se encuentran en un mismo nivel estructural de género donde no debería haber opresión. Ello ocasiona controversia entre los expertos que estudian la violencia en la pareja, encontrando dos posturas claramente diferenciadas.

Por un lado, autores como Rebollo y Gómez (2011:8-9) sugieren que la violencia en parejas del mismo sexo no parece estar justificada por el sistema ideológico y social que rige en la violencia de género. Por el contrario, Adam (2013:26) y González et al. (2016:110), entre otros, consideran la adquisición de roles patriarcales como factor de riesgo en este tipo de violencias, pues el miembro agresor busca el control sobre su compañero de la misma forma que lo haría un maltratador en una pareja heterosexual.

Después de revisar 43 estudios internacionales publicados entre 2002 y 2012, principalmente procedentes de territorio estadounidense, Rodríguez et al. (2017:60-67) explican las características más relevantes de la violencia intragénero. Afirman que la violencia intragénero se da en cualquier pareja con independencia de la edad, el sexo, la nacionalidad, el nivel académico o el nivel socioeconómico y se produce tanto en parejas y exparejas como en relaciones esporádicas. La homofobia y el heterosexismo intensifican las barreras asistenciales e institucionales, ocasionando una revictimización de las víctimas que tienen miedo a denunciar para no sufrir posibles ataques homófobos o rechazo social. Además, los mitos y estereotipos en torno a las relaciones homosexuales intensifican y perpetúan la existencia de este tipo de violencia. Estos investigadores indican que no puede establecerse una tasa de prevalencia de la violencia intragénero debido a la escasez de estudios y a la variabilidad de los datos, que cifran el maltrato entre un 10% y un 60% de las parejas homosexuales. En cualquier caso, el porcentaje de personas que sufren o han sufrido violencia en una pareja del mismo sexo es elevado, y las investigaciones sugieren que existen mayores tasas de violencia en parejas homosexuales con respecto a parejas en las que sus miembros, o uno de ellos, son bisexuales. No se encuentran datos concluyentes que indiquen qué sexo es más propenso a sufrir violencia en una pareja homosexual, sin embargo, se conoce que la violencia psicológica y el abuso verbal es más común en parejas lesbianas, mientras que el abuso

físico y el abuso sexual se da con más frecuencia en parejas gays. En términos generales, la tipología violenta más recurrente es el abuso psicológico y emocional, y entre las conductas más repetidas destaca el aislamiento, el control, las amenazas y la humillación pública. Ciertos estudios indican la existencia de porcentajes elevados en abusos sexuales, abusos económicos y *outing*, y concluyen además que en materia de violencia intragénero faltan apoyo y programas de servicio para las víctimas, se requieren más datos y estadísticas fiables, el interés social es escaso -al igual que el reconocimiento público- y que a la discriminación social hay que añadir la falta de concienciación del colectivo LGTBI.

Muchas de las cuestiones tratadas por Rodríguez et al. también aparecen en los pocos estudios realizados en España. Por ejemplo, Mujika (2012:8-9) afirma también que las agresiones más comunes en la violencia intragénero son la amenaza verbal, la humillación pública, el aislamiento social, el control de los objetos personales y las agresiones físicas. Añade que las agresiones físicas están ligadas a una situación más puntual mientras que los abusos psicológicos se dan de una manera más recurrente. Si se atiende a las estadísticas proporcionadas por la Macroencuesta de violencia contra la mujer de 2015, se puede observar que los datos de violencia intragénero y violencia de género a este respecto no arrojan resultados muy diferentes, pues en esta última las tipologías más reiteradas son la violencia psicológica de control -aislamiento social, controlar su ubicación, etc.- y la violencia psicológica emocional -insultar, menospreciar, humillar, etc.-.<sup>5</sup>

González et al. (2016:111) también coinciden con los autores anteriores al señalar que las mujeres son más propensas al control coercitivo y a la intimidación a través de

---

<sup>5</sup> Véase

[http://www.violenciagenero.msssi.gob.es/violenciaEnCifras/estudios/colecciones/pdf/Libro\\_22\\_Macroencuesta2015.pdf](http://www.violenciagenero.msssi.gob.es/violenciaEnCifras/estudios/colecciones/pdf/Libro_22_Macroencuesta2015.pdf)

maltratos psicológicos, y que entre los hombres es más frecuente la utilización de la fuerza física. Ello parece indicar la existencia de una relación directa entre las formas de ejercer violencia y los roles tradicionales de socialización de género.

Rodríguez et al. (2017:65) y Mujika (2012:6-7) concuerdan al afirmar que la invisibilidad de la violencia en parejas del mismo sexo se debe a la homofobia, la discriminación de las relaciones homosexuales, la negación del problema por parte de la comunidad LGTB, la existencia de mitos en torno a las relaciones intragénero y la falta de reconocimiento social.

A pesar de no estar relacionada con la violencia en la pareja, la LGTBIfobia puede agravar la situación de las víctimas en las parejas del mismo sexo. La homofobia no se reduce únicamente a la población heterosexual, sino que también puede darse un proceso de homofobia interiorizada en personas homosexuales, en el cual gays y lesbianas asumen las actitudes sociales negativas hacia la homosexualidad. Esto ocasiona en ellas problemas de autopercepción, dificultades sexuales o inestabilidad en la pareja, pudiendo ser una de las causas o pretextos que inician los maltratos (Rebollo y Gómez, 2011:11-12).

La discriminación social de las relaciones homosexuales conlleva la subestimación de las manifestaciones o denuncias de los maltratos intragénero, y dificulta que denuncien a su agresor aquellas personas que no desean revelar su orientación sexual, puesto que les obligaría a desvelar esta condición íntima de su identidad, que consideran que les puede llevar a nuevas situaciones de discriminación social.

La existencia de mitos en torno a las parejas homosexuales contribuye igualmente y de manera significativa a invisibilizar las agresiones intragénero. Tras analizar lo que García (2017:129-133), Jara (2016:105), Lagar (2017:12-13), Mendieta (2008:16),

Mujika (2012:7), Ortega (2014:44-47), Rebollo y Gómez (2011:11-12) y Rodríguez et al. (2017:62) afirman sobre los mitos, podemos destacar los siguientes:

- Sólo existe violencia doméstica en relaciones heterosexuales;
- En una relación de iguales no puede haber malos tratos ni relaciones de poder, por tanto, no es abuso, es violencia mutua;
- Las mujeres no maltratan o tan sólo pueden ser violentas aquellas lesbianas que no cumplen con los roles femeninos de género;
- Los hombres no pueden ser víctimas;
- Los hombres no necesitan ayuda, ni siquiera sufren;
- los hombres homosexuales son más femeninos y, por tanto, no pueden ser agresivos;
- La persona que es víctima toma el rol de mujer en la relación;
- El agresor siempre es el más fuerte de la pareja;
- La violencia en las parejas homosexuales forma parte de sus relaciones sexuales y es consentida;
- Los hombres son *hipersexuales*, con lo cual no puede haber abuso sexual entre hombres; y
- Dejar una relación es más sencillo para una persona homosexual porque no tiene vínculos legales ni descendientes que lo unan a su agresor.

Podría decirse que esta compilación de falsas creencias existentes en la sociedad es fruto del desconocimiento, la homofobia, el machismo y los roles de género, entre otros, y que perpetúan los estereotipos en torno a gays y lesbianas -como, por ejemplo, que gays y lesbianas no tienen vínculos legales ni descendientes a pesar de que estén cada vez más normalizados el matrimonio homosexual, la adopción y los recursos que posibilitan la descendencia biológica-. Como venimos comentando, los abusos en la

pareja tienen como fin el control sobre la otra persona, y el miedo y la agresividad son dos características humanas que nos impulsan a actuar de una determinada manera. Con lo cual, la orientación sexual, el género, la fuerza física o cualquiera de los aspectos comentados en estos mitos no son determinantes a la hora de maltratar o ser maltratado, aunque la socialización de género marca pautas concretas que contribuyen de forma determinante a su explicación.

Para finalizar, destacar que la violencia intragénero se halla en una análoga situación a la que hacía frente la violencia de género hace 30 años. Es un tema que suscita nulo interés social, sensibilidad y concienciación, las personas que son agredidas no son conscientes de su situación de víctimas y, debido a su invisibilidad, la sociedad tampoco demanda una respuesta para tratar esta problemática (Mujika, 2009:5;2012:8). La falta de concienciación por parte de las personas agredidas no refiere a la culpabilización de éstas -pues la culpa debe recaer sobre el agresor- sino a la existencia de reticencias a considerarse como víctima por miedo a que ello derive en un rechazo social.

### **3.3. La violencia intragénero en España**

Una de las particularidades de la violencia intragénero es la falta de información existente sobre este fenómeno. Jara (2016:105) afirma acertadamente que la falta de estadísticas, de conocimiento y de una institución que intervenga en la problemática favorece la inexistencia de la violencia intragénero en el discurso público. Prueba de ello es el tratamiento periodístico que recibe este tipo de violencia, pues «la prensa española aborda las agresiones u homicidios en relaciones gais como una realidad diferente de la violencia de género en la medida que enmarca estos hechos como sucesos criminales y no como síntomas de un problema social de mayor calado» (Carratalá, 2016:168). La Confederación LGTB Española cifra en 15 los casos de asesinatos en parejas del mismo sexo en los últimos 10 años, aunque afirman que podrían existir «más crímenes que

permanecen ocultos ante la falta de estadísticas oficiales por parte del Ministerio del interior»<sup>6</sup>

A diferencia de otros tipos de violencia en la pareja, las agresiones en parejas del mismo sexo no se archivan en estadísticas oficiales diferenciadas; quedan contenidas dentro de las estadísticas sobre violencia doméstica, lo cual no permite discriminar entre los abusos hacia la pareja o hacia cualquier otro miembro de la unidad familiar. Respecto a los estudios académicos, existen muy pocos aplicados al territorio español. Entre éstos, destaca la tesis doctoral de Antonio Ortega, quien ha encuestado a 3.172 hombres homosexuales en España y Argentina. Diversas asociaciones LGTBI han realizado estudios locales con pequeñas muestras no representativas que no permiten extrapolar sus resultados. La Federación Estatal de Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales (FELGTB) ha analizado 57 casos de violencia intragénero recopilados de asociaciones LGTBI de 10 comunidades autónomas.

Cabe destacar que muchos de los datos que se muestran a continuación podrían no ser indicativos porque algunas encuestas estaban orientadas hacia una muestra de personas que hubiera vivido o presenciado agresiones dentro de la pareja, aumentando artificialmente el porcentaje de personas que sufren o hayan sufrido estos abusos. Como indica Mendieta (2008:11), también hay que tener en cuenta que puede existir un número relevante de casos de violencia intragénero que no se exterioriza por miedo, deseabilidad social u homofobia. A pesar de ello, los resultados obtenidos concuerdan significativamente con los datos logrados en estudios realizados en otros países, relatando el alto porcentaje de personas que sufren abusos en sus relaciones de pareja intragénero. Estos datos no permiten establecer una prevalencia pero posibilitan trazar una posible

---

<sup>6</sup> Véase <http://www.lavanguardia.com/vida/20180416/442620601271/colegas-detecta-15-crmenes-en-parejas-del-mismo-sexo-en-10-anos-y-pide-equiparar-esta-violencia-a-la-de-genero.html>

tendencia sobre la violencia intragénero y establecer primeras generalizaciones sobre este fenómeno.

Los resultados de la encuesta realizada por Ortega arrojan datos significativos. El 70% de los informantes ha sufrido violencia psicológica, el 27% violencia física y el 43,2% violencia sexual. En cuanto a la ejecución de la violencia, el 66% reconoció haber maltratado psicológicamente a su pareja, el 24% afirmó haber infligido violencia física y el 39% violencia sexual (Ortega, 2014:3). Recuperando las estadísticas ofrecidas por la Macroencuesta de violencia contra la mujer (2015) se observa que los resultados obtenidos por Ortega respecto a la violencia en parejas de hombres gays son significativamente mayores a las estadísticas de violencia de género, donde el maltrato psicológico de control se cifra en un 25,4%, el maltrato psicológico emocional en un 21,9%, la violencia económica en un 10,8%, las agresiones físicas en un 10,4% y la violencia sexual en un 8,1% de los casos.

Según un estudio realizado por Aldarte<sup>7</sup>, las principales formas de maltrato surgidas en las relaciones intragénero son las amenazas verbales, la humillación pública, el aislamiento social, el control de las pertenencias personales, el abuso físico y, en menor medida, las faltas de respeto, el maltrato psicológico y el abuso sexual. El 59.1% de las personas encuestadas declaró sufrir o haber sufrido algún tipo de maltrato dentro de la pareja.

En un 84,6% de los casos, estas agresiones tuvieron lugar dentro de relaciones estables, mientras que en un 15,4% tuvo lugar dentro de relaciones esporádicas. En cuanto a la duración de este tipo de maltrato, en un 44,4% de los casos duró menos de un año y un 12,3% más de 4 años. La tipología de abuso más común es la agresión verbal y psicológica, mientras que el 70% de las personas encuestadas declaró no haber sufrido

---

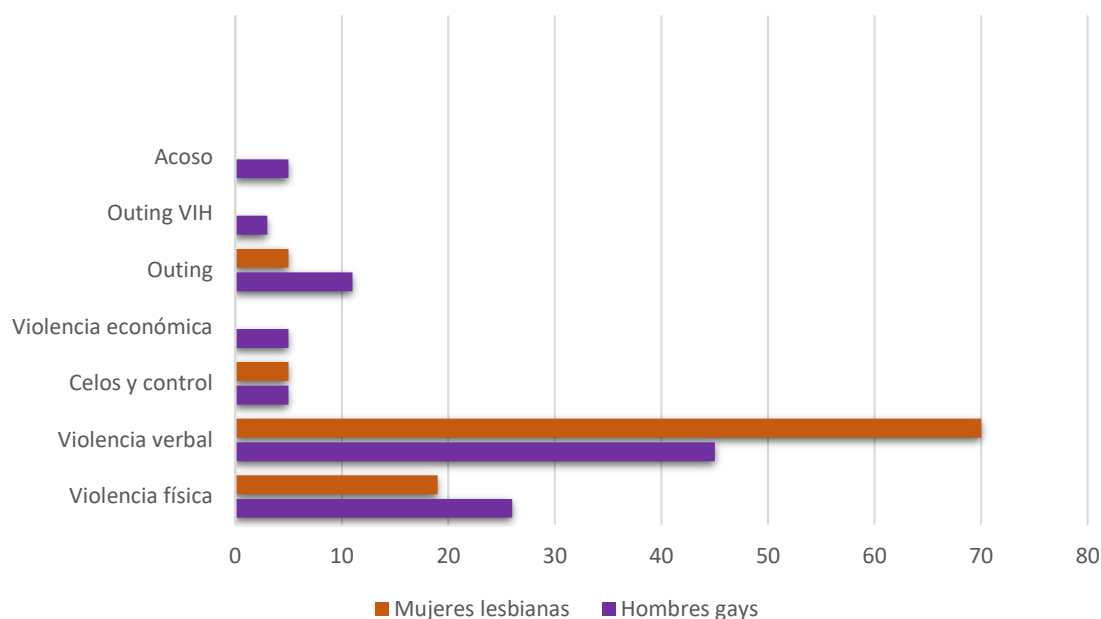
<sup>7</sup> Véase <http://www.aldarte.org/comun/imagenes/documentos/informeencuestaviolenciaintragenero.pdf>



nunca abusos físicos. Las mujeres sufren en mayor porcentaje agresiones físicas, verbales o aislamiento social si se compara con los porcentajes masculinos. Sólo el 23,6% de la muestra estaba conformada por hombres, lo que podría haber condicionado los resultados obtenidos, explicando así la disparidad que se obtiene si se compara con otros estudios.

En un 67,7% de los casos las amistades son la primera opción cuando se busca ayuda, mientras que en el ámbito familiar, la figura paterna es a la que menos se acude a la hora de buscar apoyos. Contrariamente a lo que podría pensarse, los hombres cuentan con mayor predisposición que las mujeres para compartir su situación de vulnerabilidad. A la hora de buscar ayuda profesional o información, el 12,3% acudió a alguna asociación, el 10,8% a servicios sociales y el 4,6% buscó atención psicológica. Por último, la reacción más común a la violencia intragénero ha sido romper el vínculo y la relación con el agresor en el 72,2% de los casos, y tan sólo el 9,2% denunció la situación a las autoridades.

Tras el análisis en la FELGTB de 57 casos de violencia intragénero atendidos en diversas asociaciones LGTB en España, Rebollo y Gómez (2011) concluyen que los maltratos más comunes con un 60% de los casos son las agresiones verbales (comentarios despectivos sobre el aspecto, forma de hablar, identidad o la orientación sexual, insultos y humillaciones en público). En el 22% de los casos también se dan agresiones físicas manifiestas a través de golpes, empujones, palizas y zarandeos. En menor medida también se dan *outing* (8%), celos y control constantes (5%), acoso (2%) y control del dinero (2%). En el siguiente gráfico se exponen las diferencias que se producen entre los dos sexos:



**Ilustración 1. Tipos de agresión sufridas según sexo. Elaboración propia a partir de Rebollo y Gómez (2011:21)**

Como se puede observar, se da mayor porcentaje de violencia verbal en parejas de lesbianas, mientras que en parejas de gays es mayor la violencia física. La violencia económica, el acoso y la amenaza de revelar la serología sólo se ha dado en los casos masculinos.

La muestra y la metodología utilizadas en estos estudios crean discrepancias en los resultados obtenidos. La encuesta de Aldarte indica que las mujeres lesbianas sufren mayores tasas de violencia física, violencia verbal y aislamiento social. En cambio, en la muestra de la FELGTB son los hombres gays quienes más abusos físicos refieren. En la línea de las conclusiones obtenidas por Rodríguez et al. (2017), podemos afirmar que: no se puede determinar qué sexo es más propenso a sufrir violencia intragénero, aunque todos los estudios analizados concuerdan en que la violencia más recurrente es la psicológica y verbal, seguida por las agresiones físicas.

La respuesta institucional es calificada por Rebollo y Gómez (2011:22) como bastante limitada. A pesar de que los servicios de atención a la Comunidad LGTBI no suelen estar especializados en materia de violencia intragénero, es frecuente que ofrezcan

acogida, atención psicológica y asistencia jurídica. Al derivar a las personas a servicios especializados, éstas se atienden en un porcentaje muy ínfimo. En los servicios de atención a las víctimas de violencia de género sólo se atiende -en la mayoría de los casos extraoficialmente- al 14% de las lesbianas derivadas, excluyendo totalmente a los varones. En los Centros de Apoyo a las Familias o Servicios Sociales suelen atender los casos mediante una intervención en la pareja, lo cual resulta poco oportuno en casos de violencia. Los Centros de Ayuda a Víctimas de Delitos sólo ofrecen acompañamiento cuando existe un juicio, lo cual hace necesaria una denuncia previa. Respecto a la existencia de servicios especializados en violencia intragénero, destaca un único centro en el País Vasco.

Por último, Rebollo y Gómez (2011) afirman que, en la mayoría de los casos, las víctimas son derivadas de una institución a otra sin resultados o directamente se les niega la asistencia.

la falta de recursos con los que la víctima se encuentra o las continuas idas y venidas de unos recursos a otros, al contrario de reforzar las decisiones de denunciar o distanciarse de la persona agresora, provoca frustración y desánimo a la hora de pedir ayuda. En otras ocasiones puede ocurrir que la persona agredida no haya comunicado en su entorno su orientación sexual y no desee acudir a ningún recurso por miedo a que se descubra (p. 33-34).



## 4. OBJETIVOS

El objetivo general de esta investigación es conocer el discurso en torno a la violencia intragénero en el seno de los colectivos LGTBI de Navarra. Para una correcta profundización en la temática se han marcado los siguientes objetivos específicos:

- Comprobar si existe un debate en torno a la violencia intragénero.
- Comprobar si la existencia de mitos y estereotipos relacionados con la orientación sexual no normativa influyen sustancialmente en el proceso de construcción de discursos sobre la violencia en la pareja homosexual.
- Analizar si se produce disparidad entre los discursos de gays y lesbianas respecto a la violencia intragénero.
- Conocer qué tipo de violencia se produce en las relaciones homosexuales y examinar si existen diferencias significativas entre los abusos en parejas gays y parejas lesbianas.
- Comprobar si existe una respuesta institucional a la violencia en parejas homosexuales en Navarra.



## **5. HIPÓTESIS**

Como se ha podido comprobar, los datos de los diferentes estudios, tanto nacionales como internacionales, son muy dispares en función de la muestra y metodología utilizadas. Ello no permite establecer una prevalencia pero indica la existencia de una problemática probablemente a tener en consideración dentro de este colectivo y apunta a la necesidad de profundizar más en esta cuestión.

La hipótesis que se quiere comprobar en esta investigación es que la violencia en las relaciones de pareja homosexuales permanece invisibilizada en la sociedad navarra.





## 6. METODOLOGÍA

Nos encontramos ante un fenómeno social poco conocido, poco estudiado y sobre el cual existe poca información disponible. Por ello, se propone la realización de un estudio exploratorio, empírico y cualitativo. Los estudios exploratorios resultan los más adecuados ante temáticas sobre las que se desea realizar un *primer* acercamiento. Los datos existentes no resultan suficientes para permitir un análisis objetivo de datos secundarios, por tanto, el enfoque empírico viene dado por la necesidad de crear datos primarios exclusivos para esta investigación. Por último, la elección de una metodología cualitativa responde fundamentalmente a los objetivos marcados. Estudiar el discurso existente en torno a la temática elegida requiere de técnicas cualitativas que permitan recoger y analizar el discurso. Los instrumentos seleccionados para dar respuesta a los objetivos planteados son la entrevista semiestructurada y el grupo triangular.

Las entrevistas individuales semiestructuradas han permitido profundizar en la temática y han ayudado a definir y perfilar la problemática de una manera más apropiada y exacta. El criterio de selección de las personas informantes no ha seguido unas características sociodemográficas, sino que ha respondido a la relación de éstas con el colectivo LGTBI. Es decir, se han seleccionado profesionales que, desde asociaciones o instituciones, tengan contacto con colectivos homosexuales. Se ha optado por recurrir a recursos públicos tales como el Centro Harrotu y Kattalingune. Estos grupos han sido relevantes no sólo para las entrevistas semiestructuradas sino también para localizar a posibles integrantes de los grupos triangulares.

El grupo triangular se considera una técnica intermedia entre las entrevistas individuales y los grupos de discusión. Juega con las dinámicas y tensiones que surgen entre los discursos individuales y grupales y, a diferencia del grupo de discusión, permite explorar cómo se produce y reproduce un discurso emergente todavía no asentado a nivel

social. El grupo triangular permite analizar cómo funcionan los tópicos y propicia la emergencia de los componentes más cargados emocional y afectivamente en relación con la cuestión a investigar (Ruiz, 2012). Esto lo convierte en un instrumento pertinente para estudios exploratorios y, por ello, se optó por esta técnica para la presente investigación. Los requisitos para la inclusión de las personas en la muestra han sido los siguientes:

- Mantener o haber mantenido una relación afectiva o sexual con una persona de su mismo sexo.
- Tener entre 20 y 35 años.
- Residir en Navarra, preferentemente en la Cuenca de Pamplona.

El diseño inicial incluía 3 entrevistas a expertos o expertas y 4 grupos triangulares. Los grupos triangulares se han configurado según el sexo de los participantes: un grupo formado solamente por mujeres, otro formado exclusivamente por hombres y los dos restantes mixtos, con dos mujeres y un hombre y dos hombres y una mujer, respectivamente. El llamamiento de los informantes no obtuvo el éxito esperado y sólo se ha podido realizar un grupo triangular, en el que uno de sus miembros declinó la invitación a participar en el último momento por motivos laborales. Por tanto, se ha optado por dar más peso a las entrevistas semiestructuradas, realizando más entrevistas individuales y conservar el grupo triangular realizado, ya que la información aportada en éste es de especial interés. En total, se han realizado 6 entrevistas semiestructuradas, todas a personas expertas en servicios públicos de atención LGTB, y un grupo triangular con la siguiente configuración:

	<b>Edad</b>	<b>Género</b>	<b>Orientación sexual</b>	<b>Lugar de residencia</b>
<b>Grupo 1</b>				
<i>Integrante 1</i>	21	Mujer	Pansexual	Navarra
<i>Integrante 2</i>	22	Mujer	Lesbiana	Navarra
<i>Integrante 3 (ausente)</i>	23	Hombre	Gay	Navarra

**Tabla 1. Configuración de los grupos triangulares. Elaboración propia**

Una vez transcritas las entrevistas, se ha diseñado una base de datos en Access para una correcta clasificación de los datos. Se han establecido 20 ítems o categorías temáticas que han permitido un análisis minucioso del discurso ofrecido por las personas informantes. Estos ítems son: (1) casos tratados o conocidos; (2) cuestionamientos; (3) debates; (4) diferencias respecto a la violencia de género; (5) diferencias de género; (6) importancia del tema dentro del colectivo LGTBI; (7) importancia percibida fuera del colectivo LGTBI; (8) mitos y estereotipos; (9) noticias sobre violencia intragénero; (10) percepción de la información disponible; (11) recursos institucionales disponibles; (12) recursos no institucionales disponibles; (13) respuesta institucional; (14) recursos necesarios; (15) recursos necesarios: educación sexual; (16) recursos necesarios: protocolos; (17) definición de violencia; (18) definición de violencia intragénero; (19) tipologías de violencia intragénero y; (20) tipología violenta más recurrente. A continuación, se muestran los resultados obtenidos del análisis realizado.



## **7. RESULTADOS**

### **7.1. Prevalencia de la violencia intragénero en Navarra**

Las personas expertas entrevistadas, aún sin estar en centros especializados en violencia, afirmaron haber tenido que hacer frente a 4 o 5 casos en los últimos dos años. También hicieron mención a 2 o 3 casos externos que no llegaron a tratar directamente, pero sobre los cuales tenían conocimiento. En el conjunto de las 8 personas entrevistadas, 3 de ellas afirmaron haber recibido malos tratos por parte de sus parejas del mismo sexo en el pasado, sin que durante la entrevista se les preguntara específicamente por ello. A pesar de que los objetivos de este estudio no iban dirigidos a obtener unas estadísticas fiables sobre la violencia intragénero, los datos obtenidos indican que esta tipología violenta está presente en Navarra, al igual que la voluntad de visibilizar y denunciar esta problemática.

### **7.2. Qué se entiende por violencia intragénero**

La *violencia intragénero* es un concepto desconocido para muchas de las personas entrevistadas. Sin embargo, en un primer contacto con éste, lo relacionaron automáticamente con la violencia dentro de parejas del mismo sexo.

No es la noción de intragénero la que suscita incertidumbre a la hora de formular una definición, sino el propio concepto de violencia. Explicar qué se entiende por violencia no es sólo una tarea complicada a nivel teórico sino también a escala personal. A todas las personas consultadas les resultaba extremadamente difícil ofrecer una definición que encajara con la realidad social y con sus ideales. La violencia resulta en cierta manera relativa, puesto que depende de un criterio personal para que se considere como tal. Acciones vistas socialmente como violentas pueden no ostentar esta categoría para todas las personas o incluso para una misma persona el contexto puede ser

determinante para incluir o no en esta categorización una acción concreta. En el plano sexual, por ejemplo, se cuestiona si ciertas prácticas, a pesar de la brutalidad ejercida, pueden apreciarse como violentas si existe un consentimiento expreso entre ambos integrantes. El consentimiento parece un aspecto relevante a la hora de establecer conductas violentas, aunque esta cuestión suscita controversias cuando la víctima consiente el maltrato en contra de su voluntad, generalmente por miedo.

Para mí el mayor filtro de todos, el que marca la diferencia es si es consentido o no es consentido dentro de, claro, esa es otra, dentro también del conocimiento y de la conciencia de ello, porque muchas veces también, una víctima puede consentir esa violencia por no querer salir de ella o por miedos o por miedos a que le maten o por miedos al qué dirán en su familia, no, muchos miedos, no. Entonces, ese es un consentimiento explícito sobre ellos (Entrevista 3).

La violencia aparece en contraposición a las acciones que construyen positivamente a la pareja, es decir, cuando los actos y las palabras ya no están dirigidos a favorecer la relación y un bien común, sino que se basan en la búsqueda del poder sobre la otra persona o de obtener un beneficio propio a su costa, menospreciándola, dañándola, destruyéndola o impidiendo su autodesarrollo. Cualquier persona puede ejercer poder sobre otra, intimidarla o agredirla, sin importar su género o su orientación sexual; el problema se intensifica cuando esto se perpetúa en una misma dirección, siempre hacia las mismas personas. Este tipo de violencia sistemática, definida por Johnson y Ferraro (2000) como *terrorismo íntimo* es claramente identificado por las personas entrevistadas, que lo distinguen de otros tipos de agresión menos lesiva. Con ello no se quiere restar importancia a una agresión puntual o espontánea, sino que se pretende incidir en la gravedad que suponen los maltratos reiterativos.

“¿Qué es considerado como pareja?” es una pregunta que muchas de las personas entrevistadas se cuestionaron. Compartir una convivencia o mismo espacio erótico son algunas de las respuestas que ofrecieron.

Por tanto, la violencia intragénero es entendida como el maltrato continuado que una persona ejerce sobre otra persona de su mismo sexo, cuyo vínculo es o ha sido una relación de pareja, ya sea ésta afectiva, sexual, esporádica o de larga duración.

### 7.3. Tipología de la violencia intragénero

Para mí, coartar la libertad de la otra persona, no dejarle ser como es, cómo quiera vestir, con quién quiera andar, qué quiere hacer, que tenga manejo de su economía, no [...] no dejar ser [...] al final entramos en el machaque psicológico y luego, obviamente, pues los golpes (Entrevista 2).

Tal y como se describe en la entrevista número 2, se considera maltrato en la pareja desde pequeños actos que no necesariamente pueden ser percibidos como abusos -como es el hecho de controlar amistades, maneras de vestir o maneras de actuar- hasta hechos más notorios y dañinos como el abuso físico, verbal o sexual. Las formas más leves de maltrato suelen ser más sutiles y frecuentes, más difícilmente apreciables tanto por la víctima como por la persona agresora o por el entorno cercano a la pareja. El maltrato físico – un golpe o un empujón, por ejemplo – es menos frecuente y suele darse en situaciones límite.

La violencia sexual -por su gravedad- y la violencia digital -por su novedad- apenas son nombradas por las personas que han sido entrevistadas. No así la violencia psicológica que, además de ser la tipología más comentada por los informantes, también parece la más recurrente. Se trata de un tipo de violencia difícil de detectar y demostrar, pues no deja rastros visibles en el cuerpo de la víctima y sus consecuencias pueden durar y dañar más que las de un abuso físico. Así lo expresaba una de las personas entrevistadas:

La violencia psicológica da dos golpes, uno que te da la persona que la ejerce y otro que te das tú misma, no, pensando “no me ha dado” o “no ha sido queriendo” o “esto que ha pasado, ¿en serio? No, habré sido yo que me lo habré imaginado” o “he sido yo que me lo merecía” [...] Creo

que son probablemente, por desgracia, sean más recurrentes la psicológica, porque hasta que reaccionas y te das cuenta que ahí hay una violencia, más difícil. Si te ves el ojo morado, te ves el ojo morado, pero si es el alma la que se te está poniendo morada, cuesta mucho verla (Entrevista 4).

Que las personas entrevistadas en esta investigación perciban la violencia psicológica como la más reiterada, reproduce los resultados obtenidos por los diversos estudios que se han analizado anteriormente -en la contextualización de la violencia intragénero en España- en donde se afirma que los abusos psicológicos son la tipología violenta más frecuente. También afirman, como indicaba Mujika (2012), que la violencia física se da en momentos más esporádicos.

En las respuestas obtenidas se aprecia una diferencia notable en cuanto a la percepción de los diversos tipos de violencia. Mientras que el personal técnico no encuentra diferencias entre las agresiones que puede sufrir una persona heterosexual y una persona homosexual por parte de su pareja, las personas homosexuales destacan la gravedad de las acciones que derivan directamente de su orientación sexual no normativa:

En parejas homosexuales, el mantenerte escondido como un secreto sucio, por ejemplo. Y también y amenazar con contar igual a tu entorno, por ejemplo, si no has dicho en tu entorno tu orientación, pues contarlo, un poco como fundando el miedo (Grupo triangular 1).

Los abusos que pueden producirse sólo en parejas del mismo sexo pasan desapercibidos no sólo para la población en general, sino que en muchas ocasiones también son invisibles para las personas que intervienen diariamente en estos colectivos. Se materializa aquí la doble agresión a la que se enfrentan las víctimas de violencia intragénero.



## 7.4. Percepción sobre la información disponible

- Es un tema super desconocido del cual no se habla mucho (entrevista 1)
- Creo que es un ámbito que no está estudiado (entrevista 2)
- Información... *buah*, te diría que no (entrevista 3)
- En los medios de comunicación no lo he visto en la vida (entrevista 5)
- Yo no he oído nunca sobre ello (grupo triangular 1)
- Yo busqué un poco en internet [...] información es que no hay apenas, que hay muy poca (grupo triangular 1)

Un dato que se ha repetido tanto en las entrevistas individuales como en el grupo triangular es la falta de información sobre la violencia que puede perpetrarse dentro de las parejas homosexuales. Las personas informantes denuncian que es un tema desconocido sobre el cual se habla poco en los colectivos LGTBI y nada fuera de estos círculos. Consideran que es un problema que carece de la atención necesaria tanto por parte de la sociedad como de las instituciones públicas. Las víctimas de violencia intragénero entrevistadas incidieron en la necesidad de disponer de datos sobre este tema puesto que, en el momento de sufrir tales abusos, muchas de ellas se encontraban tan desorientadas que incluso desconocían que podía darse este tipo de agresión en una relación homosexual, además de no saber qué medidas tomar o qué recursos disponen a su alcance para enfrentar la situación. Todas las personas entrevistadas recalcan la necesidad de investigar y demandan la creación de nuevos datos para conocer, comprender y actuar sobre esta realidad social.

El hecho de que esta cuestión apenas aparezca en los medios de comunicación es determinante en su percepción. La mayoría de los informantes no tenían constancia de que se prestara atención a este tipo de violencia en la prensa o en la televisión, puesto que no recordaban ningún hecho que saliera recientemente en los medios de comunicación. Dos de los entrevistados, ambos varones, señalaron el asesinato de Koldo Losada<sup>8</sup> como

---

<sup>8</sup> Koldo Losada fue un actor vizcaíno asesinado por su marido en 2014. Véase [https://elpais.com/ccaa/2014/11/20/paisvasco/1416480508\\_861944.html](https://elpais.com/ccaa/2014/11/20/paisvasco/1416480508_861944.html)

único caso conocido en los medios. Así, dos cuestiones llaman intensamente la atención: quienes recuerdan el caso son hombres, al igual que la víctima, y que ésta se dedicaba al mundo de la interpretación. Las diferencias de género se tratarán más adelante, pero lo realmente llamativo es que el único caso mediático que se recuerda es de una persona famosa. Ello lleva a cuestionarse si el tratamiento mediático de este caso dependía más de la profesión de la víctima que del hecho en sí, confirmando la teoría de Carratalá (2016) que afirma que las agresiones en parejas del mismo sexo son expuestas en los medios de comunicación como un suceso criminal más y no como un síntoma de un problema social -hecho que también ocurría con el tratamiento informativo de la violencia de género hasta que alcanzó la categoría de problema público-.

La falta de estudios, estadísticas, noticias o cualquier tipo de información sobre la violencia intragénero es notoria para todos los informantes. Mientras que algunas de las personas entrevistadas explican la ausencia de datos debido al desconocimiento sobre el colectivo LGTBI, otros apuntan a una invisibilización fruto de la homofobia remanente de la sociedad.

La información es mínima. Pero es como realmente las políticas de igualdad de género al final se centran en lo hetero digamos, al final se invisibiliza el colectivo una vez más cuando no se atiende esta realidad. O sea, tiene que ver con la homofobia, con la LGTBfobia a todos los niveles: social, institucional, política... (entrevista 6)

La ausencia de información sobre la violencia intragénero dificulta la creación de un imaginario en el que hombres y mujeres homosexuales puedan situarse y reconocerse como víctimas cuando sus parejas las agreden, dificultando tanto la visibilidad del problema como la aplicación de medidas que lo asolen. Tanto los expertos y expertas como las personas integrantes del grupo triangular han destacado la importancia de hablar sobre este tema, visibilizarlo y estudiarlo.

## 7.5. Controversias y debates en torno a la violencia intragénero

Dialogar sobre abusos en parejas homosexuales genera gran cantidad de dudas y controversias, sobre todo en aquellas personas que no se habían planteado anteriormente esta cuestión. Adoptar una postura definida es difícil, pues intervienen en la decisión factores culturales de gran calado. Entran en juego los estereotipos de género, los mitos en torno a las relaciones homosexuales, la vinculación de la violencia con la masculinidad y la falsa creencia de que *entre iguales* todo es menos laborioso y más sencillo.

Equiparar en importancia las relaciones heterosexuales y las relaciones homosexuales es aún cuestión de debate, pues a pesar de los avances producidos, la homofobia sigue presente en muchos entornos. Visibilizar la existencia de malos tratos también en parejas del mismo sexo suscita reticencias principalmente por dos razones: miedo a que se invisibilice la violencia de género y miedo a que el colectivo LGTBI sea objeto de una discriminación adicional.

Por un lado, o sea, hay una parte de mí que me sale diciendo que es la de “*joder*, entonces a ver si se va a invisibilizar la violencia de las mujeres” pero es que creo que no. O sea, no creo que se vaya a invisibilizar, lo que se va a hacer visible es que hay un *montón* de violencia y que tiene que haber recursos (entrevista 5).

A uno de los informantes le generaba conflicto otorgar el mismo reconocimiento tanto a la violencia intragénero como a la violencia de género. Finalmente optó por atribuir a ambos el mismo nivel de importancia, aunque con ciertos matices. Se apoyaba en la existencia de una estructura patriarcal que ejerce mayor poder sobre las mujeres. Sin embargo, no hizo alusión a la discriminación que ejercen las normas no escritas de la heteronormatividad sobre quienes no cumplen sus preceptos. Ello lleva a cuestionarse si ambas estructuras ejercen diferente fuerza sobre los eslabones más débiles de sus invisibles jerarquías, o si la información disponible sobre una y otra es determinante a la hora de emprender un juicio de valor. En otras palabras, es posible que un tema tan

ampliamente estudiado y debatido como es la violencia de género eclipse involuntariamente la violencia intragénero, otorgándole menor trascendencia. Algunas de las personas entrevistadas también manifiestan esta cuestión, percibiendo que la violencia intragénero se presenta como menos lesiva que otros abusos en la pareja:

Yo creo que se le quita hierro también, no. O sea, como que tiene un poquito más de hierro que un hombre pegue a una mujer. Siendo super importante también, no. O sea, que no hay que quitarle hierro, pero a ninguna de las dos (entrevista 1).

Los roles de género y la desvinculación de éstos por parte de un porcentaje significativo de las personas con una orientación sexual no normativa sea quizás uno de los elementos que más controversias despiertan. Gays y lesbianas rompen con los estereotipos de género, lo que dificulta que otras personas categoricen sus rasgos dentro del binomio masculino-femenino. Fruto de ello se construyen a su alrededor una serie de mitos que masculiniza a las mujeres y feminiza a los hombres, a la vez que otorga más feminidad a un miembro de la pareja mientras masculiniza al otro. Pero, paradójicamente, también se les considera iguales y, sin relaciones de poder por discriminación de género, no se considera posible un potencial maltrato. Si conjugamos estos conceptos con la relación que suele establecerse entre la masculinidad y la agresividad, la complejidad en el análisis de estas situaciones aumenta considerablemente.

Creo que algunos discursos nos encierran mucho en “sólo son los hombres los agresores” entonces creo que debemos cambiar el *chip* desde ahí. Igual no es tanto el hombre sino más las actitudes machistas o el machismo desde ahí. Que no sólo lo pueden ejercer los hombres, a eso es a lo que voy (entrevista 2).

Desde corrientes feministas no se niega la capacidad de las mujeres de ser agresivas, pero ésta no suele darse con la misma intensidad porque la naturaleza de la violencia es aprendida mediante los mandatos de género incorporados en el proceso de socialización de una sociedad machista. Desvincular la agresividad de la masculinidad

para asociarla con la actitud machista constituye una alternativa para entender que en parejas del mismo sexo también se pueden producir abusos. Romper con los parámetros establecidos y considerar que la violencia dentro de la pareja no siempre es ejercida por un hombre y la víctima no siempre es una mujer es una concepción que no ha madurado todavía.

Creo que la maldad no es masculina, femenina, ni hetero ni homo ni nada, es maldad. Lo mismo pasa con el sufrimiento, no. También es de cada una, de cada uno, con independencia de la orientación o el género, el tipo de relación, etcétera (entrevista 4).

## 7.6. Importancia que recibe la violencia intragénero

El hecho de que la violencia intragénero no se aborde ni políticamente ni en los medios de comunicación, se convierte en un aliciente para pensar que se trata de un tema totalmente desconocido para la sociedad, por el cual no se empatiza. La apreciación de las personas entrevistadas coincide con lo que Jara (2016) señalaba al indicar que la inexistencia de datos impide la creación de un discurso público sobre la violencia intragénero. Una de las personas informantes expone el siguiente ejemplo en el que da a entender el desconocimiento sobre la gravedad de este tema:

Yo pienso que si ahora pongo aquí a los de mi cuadrilla que dos gays o dos lesbianas se *zurran*, o que le ha denunciado por violencia intragénero pues dirían: “tú, pues que lo deje, que le pegue, que se defienda” o ese tipo de cosas, creo yo (Entrevista 5).

Los informantes parecen seguros al afirmar que no se reaccionaría igual ante la agresión en una pareja gay, en una pareja de lesbianas o en una pareja heterosexual. La violencia intragénero no es percibida como un problema social, sino como un conflicto exclusivo de la pareja, de escasa gravedad. Al considerar que ambos miembros de la pareja estarían en igualdad de condiciones físicas resulta más sencillo razonar que la víctima no se defiende ni replica a su agresor simplemente porque no quiere hacerlo. No

se concibe que la víctima pueda estar inmersa en una espiral de violencia, que esté tan anulada psicológicamente que sea incapaz de defenderse o incluso, piense que se merece los golpes.

Pero no sólo las personas ajenas a los colectivos LGTBI infravaloran la gravedad de los abusos en las parejas del mismo sexo. Algunas de las personas expertas entrevistadas no perciben que sea un tema importante para el colectivo, como tampoco parece que la búsqueda de soluciones a la violencia intragénero sea una de sus priorizaciones.

Pero luego, en las reivindicaciones de los colectivos, tanto en cualquiera de ellos, me da igual que sea *trans*, que *les*, que *bi*, que adultos o más jóvenes, no se habla, no se verbaliza en términos de violencia [...] la violencia pareja no suele aparecer, no es un tema que suela ser recurrente (entrevista 3).

No obstante, no todos los informantes sostienen este punto de vista. Los pequeños matices dan lugar a una disparidad de creencias y opiniones. La orientación sexual de los entrevistados parece un elemento sustancial a la hora de cuantificar la importancia que recibe este tema. Las personas abiertamente homosexuales afirman que la violencia en la pareja es una cuestión que les preocupa aunque sienten que es un tema invisibilizado por la falta de políticas y servicios que lo aborden. Desde *fuera*, las observaciones varían pero generalmente perciben en gays y lesbianas menor importancia respecto a la que éstos otorgan. Aquellos que han participado en encuentros de temáticas LGTBI afirman que, de las múltiples violencias que atraviesan a este colectivo, las que surgen dentro de la pareja también son abordadas y cuestionadas con bastante relevancia.

La falta de un imaginario en el que las personas homosexuales también sufran violencia en sus relaciones de pareja dificulta la visibilización y concienciación del problema y, por ende, la relevancia que pueda adquirir tanto para las personas que estén en riesgo de padecerlo como para aquellas que estén expuestas a ello.

En otras palabras, la violencia intragénero es una cuestión que preocupa tanto al colectivo como a las personas que intervienen en él. Sin embargo, no figura entre sus principales preocupaciones, ya sea por la existencia de problemas que consideran de mayor calado, una falta de concienciación, la inexistencia de un imaginario en el que verse reflejado, la despreocupación de los poderes públicos de proponer solución o el desconocimiento de la magnitud del problema.

### **7.7. Diferencias de género**

A pesar de que la mayoría de las personas entrevistadas eran mujeres, contar con el testimonio de dos hombres ha resultado fundamental para establecer correctamente las diferencias de género apreciadas. Se observa cierta tendencia a hablar casi en exclusiva sobre el propio género, como con miedo para afirmar con rotundidad algo sobre el género contrario. Los propios entrevistados, cuando se daban cuenta, corregían añadiendo a modo de muletilla: “bueno, sí, y las mujeres también” o “y los hombres también, claro”, en el caso de las mujeres.

La principal diferencia que se percibe entre ambos géneros es la vulnerabilidad. Al contrario de lo que pueda pensarse en un primer momento, los hombres son más vulnerables que las mujeres en entramados violentos dentro de parejas homosexuales porque socialmente no está bien visto que un hombre sea víctima de su pareja. Es decir, la estructura patriarcal les dicta que son seres fuertes física y psicológicamente y que, por ello, no pueden sufrir abusos continuados -esto es, terrorismo íntimo- por parte de sus parejas. Por otro lado, las estructuras institucionales que se han fundado para ayudar a las víctimas de violencia de género sólo admiten mujeres. Ello no quiere decir que no puedan acudir a otros servicios más genéricos de atención a la violencia -como por ejemplo la Oficina de Asistencia a la Víctima de Delitos-, pero supone un esfuerzo añadido para denunciar a su agresor y reconocer públicamente que es una víctima de maltrato, así como

su orientación sexual en el caso de no haberla revelado con anterioridad. Por tanto, se encuentran ante una sociedad que todavía afirma que un hombre no puede sufrir abusos, donde reconocerse como víctima causa burla o incredulidad y que, a la hora de buscar ayuda, muchas puertas se cierran por no pertenecer a un género *vulnerable*. Se podría afirmar con ello que la violencia en parejas gays está aún más invisibilizada que la violencia en parejas homosexuales.

Creo que los hombres en cierto modo están más vulnerables [...] cuando la víctima es el hombre, ahí me crea más controversia o me es más difícil decir realmente cómo se atendería (entrevista 2).

La diferencia más apreciable por los informantes es la expresión de la violencia. Consideran que las mujeres son más propensas a utilizar la violencia psicológica mientras que se espera que los hombres hagan uso de la fuerza física. Ello concuerda con los resultados de los estudios analizados en apartado número 3.

Pienso que entre dos gays podría haber fácilmente un *tortazo*, un empujón, un no sé qué, y creo que entre las mujeres no es la forma de relacionarnos, no es igual. Somos mucho más de dialogar, de hablar, de comprender las emociones. A ver, luego siempre hay excepciones, pero en general los *tíos* van a ir más por lo físico [...] las *tías* en cambio, hasta que lleguen a las manos, *uff*, ha habido mucha *mierda* antes (entrevista 5)

Pero esta cuestión no se encuentra libre de polémica, puesto que estas atribuciones se relacionan con la definición tradicional de feminidad y masculinidad y, como se decía anteriormente, las personas homosexuales no suelen seguir los estereotipos marcados por su género.

Porque también sé, justamente en las parejas homosexuales, justamente lo que se atraviesan son esas cuestiones de género, no. Entonces, ahí también creo que se invierte mucho el orden [...] entonces una mujer lesbiana en un momento dado puede sentirse muy hombre... o no, pero quiero decir que también, que tenga que ejercer ese rol violento (entrevista 6).



Por tanto, podría decirse que las diferencias entre gays y lesbianas en la violencia intragénero vienen marcadas no tanto por las diferencias físicas y estructurales entre ambos sino más bien por los estereotipos de género, a pesar de que el colectivo LGTBI no siempre concuerde con tales descripciones.

## **7.8. Diferencias respecto a la violencia de género**

Se aprecian elementos que diferencian sustantivamente la violencia intragénero y la violencia de género; no en su forma sino en la respuesta que suscita. Según las personas entrevistadas, muchas de las parejas homosexuales no tienen el mismo funcionamiento que las parejas heterosexuales, ya sea porque no reproducen los roles de género o porque no encajan plenamente en la definición de familia tradicional -a pesar de que ésta última ya esté cambiando-. Debido a ello, se puede llegar a pensar que la violencia que pueda manifestarse en unas y en otras es diferente. Sin embargo, por muy distintas que llegaran a ser -si realmente son diferentes-, las consecuencias son las mismas o muy similares. Por tanto, no deberían recibir un trato diferenciado.

Si una persona es, no sé, machacada hasta al punto de que tiene unas secuelas emocionales de que, yo que sé, igual de que tenga miedo, de que le cuesta relacionarse, de que, a raíz de algo sufrido, ¿por qué le vas a tratar diferente? [...] ¿por qué no a tener... no sé, derecho a ser tratada igual si también ha sufrido esa, esas vejaciones, esa humillación? (entrevista 1).

La violencia intragénero carece de los recursos institucionales necesarios para atender los problemas que ocasiona. Diversos informantes denuncian que los recursos previstos para atender los casos de violencia que se ejerce sobre las mujeres en parejas heterosexuales no se extienden también en los supuestos en los que la víctima es una persona agredida por su pareja del mismo sexo. Estas personas no mencionan otros recursos de atención a la violencia más genéricos. Se cuestiona aquí si se desconocen

estos recursos o simplemente no los consideran adecuados para el abordaje de la violencia intragénero.

Una apreciación bastante común entre las personas entrevistadas es la divergencia de concienciación e información disponible sobre ambos tipos de relación. Mientras que la violencia de género es una cuestión presente en la opinión pública y en agendas políticas y mediáticas, la violencia intragénero se percibe como un problema invisibilizado, que no posee el reconocimiento ni la concienciación necesaria o, incluso, ni siquiera la categoría de problema. Ello convierte la violencia intragénero en un tema desconocido que no suscita interés a la hora de crear políticas públicas, estadísticas o investigaciones.

Entonces sí que veo como que hoy en día hay mucha más conciencia e información en temas de violencia de hombres a mujeres, pero del mismo sexo, que va, no hay. Yo lo veo un tema *super*, vamos desinformado, desubicado, *desabarcado*... (entrevista 2).

La violencia de género parte de la discriminación estructural entre mujeres y hombres y, además, suele llevar implícita una superioridad física del varón. Ello no sólo puede llevar a no entender cómo pueden darse malos tratos en parejas con un nivel físico y estructural semejante, sino que también pone en cuestión los cimientos sobre los que se han explicado las causas de la existencia de la violencia de género -pues la violencia intragénero no es un instrumento para conservar los beneficios que el patriarcado otorga al agresor-.

¿Cómo alguien que supuestamente no me puede me está maltratando? [...] El estereotipo para mí sería ese, al tener en el imaginario que sólo hay un tipo de violencia entre hombre y mujer y por superioridad de fuerza me cuesta mucho considerar [...] que lo que sufro es una agresión” (entrevista 5).

Como se había mencionado en las controversias que suscita este tema, una explicación factible que esclarezca la existencia de malos tratos en las parejas del mismo

sexo es la adquisición de actitudes machistas. Ello reproduce una de las posturas que se explicaba al principio del apartado 3.2., que afirmaba que los agresores en las parejas del mismo sexo adquieren roles patriarcales.

Al final es el machismo, esas actitudes super masculinas que es como que esa masculinidad hegemónica que nos pisa a todas las personas que no llevamos esos roles encima (entrevista 2).

Sin embargo, aún con todas estas diferencias, cuando se habla de la violencia de género no se hace bajo la intención de comparar, restar importancia o incluso desprestigiar, sino que se mira ésta como un referente a la hora de aplicar medidas. Posee un imaginario en el que las víctimas pueden sentirse identificadas y respaldadas, lo que ayuda a que éstas no se sientan discriminadas y refuerza el deseo de denunciar al agresor. La existencia de un movimiento que lucha en contra de la violencia de género respalda a la víctima y presiona a los poderes públicos para obtener más recursos, lo que se traduce en la creación de leyes, instituciones y servicios de atención adaptados al problema. Con ello, también surgen estudios y estadísticas que permiten conocer la magnitud del problema y los recursos necesarios para remediarlo.

## **7.9. Respuesta institucional ante la violencia intragénero**

No es algo que se visibilice en el colectivo como he dicho antes, ni las propias instituciones dan un protocolo, el ayuntamiento no tiene un protocolo y nosotros como [nombre de la institución] no tenemos un protocolo para qué hacer (entrevista 3).

Esta idea se repite en muchas de las entrevistas realizadas. Resulta común pensar que el problema de la violencia intragénero no recibe el trato esperado por parte de las instituciones. Entre los posibles motivos se encuentran el desconocimiento del problema y la inexistencia de medios.

La percepción general es que desde la administración pública no se hace lo suficiente, pues no existen herramientas ni servicios como en otros tipos de violencia. Los

técnicos entrevistados no conocen con exactitud cómo se atiende este tema en servicios como la policía, los centros de salud o los servicios sociales. Sin embargo, sí indican una falta de recursos y que no se les ha otorgado la importancia necesaria a los casos que sí han acudido a esos servicios.

Y faltan recursos, yo creo que faltan recursos y falta a todos los niveles, tanto las personas que pueden ser víctimas, para sentirse víctimas y dar ese paso, como ya a nivel un poco más institucional con el tema de policías, protocolos y demás (entrevista 3).

A una de las personas entrevistadas le parecía lógico que en sistemas policiales, por ejemplo, se iniciaran los mecanismos de violencia de género también para la violencia intragénero, pues le resultaba incomprensible que ésta última se dejara fuera. No se han entrevistado cuerpos policiales para afirmar o rechazar esta afirmación, pero dados los estrictos protocolos existentes, es poco probable que esto ocurra.

Tan sólo una de las personas entrevistas conocía la existencia de la nueva Ley Foral 8/2017 pero, como se venía indicando en páginas anteriores, al ser de reciente incorporación, todavía no existen unas medidas conformadas:

Pues ahora con la nueva normativa foral sí que se están previendo protocolos y respuestas institucionales para estos casos. [...] La ley va a cumplir un año el mes que viene y están previstas muchísimas actuaciones, digamos, para aterrizarla (entrevista 4).

Desde los centros de atención a colectivos LGTBI se acoge y se acompaña a las víctimas de violencia intragénero que acuden a éstos. Prestarles la ayuda que necesitan es una tarea complicada, pues no disponen de unos protocolos de actuación ni saben con exactitud a qué servicios derivar para una atención más especializada. Los centros de atención a la violencia en la pareja suelen estar enfocados al tratamiento de la violencia de género y, por tanto, se descarta automáticamente la inclusión de hombres gays maltratados por sus parejas. En el caso de las mujeres lesbianas, también se han intentado derivar a estos centros pero, en muchos casos, también han sido rechazadas.

En el [nombre de la institución] a día de hoy no lo sé, pero sé que hasta hace poco [...] no se atendía a mujeres [lesbianas]. Es que a nosotras nos llamaron de Tudela, diciendo que tenían un caso de una chica que estaba siendo agredida por una chica, entonces que ellas no la podían atender porque el agresor, la agresora no era un hombre (entrevista 2).

En la búsqueda de informantes también se contactó con diversos espacios especializados en casos de violencia. Ninguno de ellos llegó a tratar una víctima de violencia intragénero.

Por tanto, se podría decir que la respuesta institucional a la violencia intragénero es limitada, como también indicaban Rebollo y Gómez (2011) en el análisis realizado en la FELGTB. Aunque exista una normativa foral que regule los mecanismos de intervención en la violencia en parejas homosexuales, éstos todavía no se han desarrollado. Los servicios públicos especializados en el tratamiento de la violencia en la pareja generalmente están enfocados en la violencia de género y no contemplan, al menos por ahora, incluir a las víctimas de violencia intragénero. Los servicios de atención a los colectivos LGTBI parecen ser los únicos en atender y acompañar a las víctimas de violencia en parejas del mismo sexo, sin embargo, no disponen de los recursos necesarios para ofrecer una intervención eficiente y, a la hora de derivar hacia servicios más especializados, se encuentran con un vacío administrativo.

## **7.10. Recursos necesarios para tratar la violencia intragénero**

Visibilizar, estudiar y denunciar públicamente la violencia intragénero son medidas imprescindibles para empezar a tratar este problema. Las personas entrevistadas indican que la educación es el mejor recurso no sólo para tratar este tipo de violencia, sino también para aprender a relacionarse y respetar a las personas.

Tiene que haber otro trabajo de las relaciones, que tiene que haber espacios educativos donde aprendamos un poquito a relacionarnos con los iguales, con los diferentes (entrevista 5).

La educación sexual desde la infancia es una de las áreas que más se demanda entre los y las informantes. El siguiente fragmento de la entrevista número 2 resume las características que esta persona considera que debe tener:

Me parece muy importante el tema de cómo para erradicar la violencia o disminuir o que cada vez vaya a menos, que seamos más dialogantes, el tema de la educación sexual básica desde *chiquitines*, o sea, desde que nacemos básicamente. El dejarnos ser hombres y mujeres libres, creo que traería muchas mejoras. El aprender a comunicarnos, el aprender a resolver los conflictos desde otro punto y no desde los golpes, *eh*, entender muchas cosas desde ahí, entonces yo creo que una educación sexual de base ayudaría mucho a mejorar todo esto (entrevista 2).

Tal y como mencionábamos anteriormente, Mendieta (2008) afirma que las personas maltratadoras hacen uso de la violencia porque no saben resolver los conflictos de otra manera. Parece bastante acertado demandar una educación que aporte la sensibilidad necesaria para resolver conflictos sin violencia.

A pesar de focalizar el problema desde su raíz, la educación es una estrategia a largo plazo, sobre todo si se pretende aplicar a futuras generaciones. Por tanto, también son necesarias acciones de intervención que busquen prevenir los abusos y apoyar a las víctimas.

Una revisión legislativa que actualice lo existente o configure nuevos preceptos para incluir la violencia intragénero y las posibles vías de actuación en ella es también un recurso indispensable para los informantes, aunque éstos se limitaron a indicar la necesidad de un apoyo legislativo, sin entrar en el debate de dónde debería situarse la violencia intragénero, si junto a la violencia de género en la Ley Orgánica 1/2004 o dentro de un nuevo entramado legislativo.

Las personas expertas entrevistadas no demandan un centro de atención especializado en violencia intragénero, sino más recursos y formación tanto en los

servicios que atienden a las víctimas de violencia como en los servicios que atienden a los colectivos LGTBI.

Servicio específico como tal, pues no lo sé, pues igual podría ser aquí uno de los lugares, con más personas porque nos faltan muchos recursos, y con más formación a las personas que estamos ahora mismo. O a la inversa, formar más a las personas que están en [nombre de la institución] o en otro tipo de recursos específicos de temas de violencia (entrevista 2).

Además de una formación sensible a las diferentes realidades -que tenga en cuenta no sólo los elementos comunes sino también aquello que diferencie hombres y mujeres, relaciones heterosexuales y relaciones homosexuales- los y las entrevistadas también perciben como necesarios unos protocolos de actuación. Recalcan que éstos no deben ser demasiado rígidos pues se correría el riesgo de excluir los casos que no encajan plenamente con ellos -una pareja transexual, las relaciones poliamorosas o nuevas configuraciones que no han sido tenidas en cuenta, por ejemplo-. Los protocolos deben ser instrumentos flexibles que cuenten con las nociones básicas que permitan conocer los pasos a seguir y los recursos disponibles a la hora de atender a una víctima.

Un protocolo para mí es un instrumento, pero no puede ser una *rajatabla* a seguir [...] que haya unos puntos en los que te tengas que fijar [...] que sea como un hijo que puedas coger para conducir [...] hay que abrir las miras porque si sólo vemos  $2+2=4$ , muchas veces el 2,001 te está descuadrando *mogollón* la fórmula (entrevista 2).

Por tanto, las acciones necesarias para atender los problemas de la violencia intragénero comienzan con la educación desde la infancia, una educación básica que fomente el respeto más allá del género u orientación sexual, la comprensión de las particularidades de los seres humanos y el desarrollo de las habilidades emocionales, entre otros. Entre las medidas a corto y medio plazo figuran una revisión legislativa que incluya la violencia intragénero, recursos y formación en los servicios públicos de atención para que estén capacitados en atender los casos de violencia intragénero y la creación de unos

protocolos flexibles que indiquen los pasos a seguir cuando una persona víctima de violencia intragénero acude a pedir ayuda.



## CONCLUSIONES

Por violencia intragénero se entiende cualquier estado, intención o acción de naturaleza destructiva que surge en el marco de las relaciones de parejas del mismo sexo -sean éstas afectivas, sexuales, esporádicas o de larga duración-, donde uno de sus miembros intenta dañar o controlar al otro reiteradamente. La violencia intragénero puede comprender desde actos que no necesariamente son considerados socialmente como abusos -controlar amistades o maneras de vestir, por ejemplo- hasta situaciones más extremas como las agresiones físicas o el abuso sexual. Las agresiones más recurrentes son de tipo psicológico, mientras que otros abusos como los físicos se materializan de una manera más inusual. Las agresiones en la pareja derivadas de la orientación sexual no normativa -*outing*, por ejemplo- sólo son sufridas por las personas homosexuales, lo que recalca la doble violencia, simbólica e interpersonal, que sufren las víctimas de violencia intragénero.

Esta investigación confirma una significativa presencia de casos de violencia intragénero en Navarra, al igual que la voluntad de visibilizar y denunciar este problema, a pesar de que no se dispongan estadísticas ni estudios sobre ello en el ámbito navarro.

No figuraba entre los objetivos de este estudio comparar la violencia de género y la violencia intragénero. Sin embargo, resulta inevitable encontrar diferencias cuando, para muchas de las personas entrevistadas, la manera de actuar en contra de la violencia de género supone un modelo aplicable también a la violencia en parejas del mismo sexo. Un movimiento que lucha contra la violencia de género, junto a un imaginario en el que las víctimas se sienten identificadas y respaldadas, dan lugar a leyes, instituciones y servicios de atención adaptados al problema, además de estudios y estadísticas que permiten conocer la magnitud del problema y los recursos necesarios para remediarlo.

Los y las informantes han indicado que la existencia de un debate fuera de los círculos LGBTI es bastante improbable. Tal y como destaca Jara (2016), la falta de estadísticas, conocimientos y una institución que intervenga en la problemática favorece la inexistencia de la violencia intragénero dentro de un discurso público. En el colectivo, el debate se percibe como escaso pero no exento de polémicas. Adoptar una postura definida en torno a ello es una tarea compleja porque, además de la carencia de información, intervienen factores culturales de gran calado, como pueden ser los estereotipos de género, los mitos sobre las relaciones homosexuales o la vinculación que se hace de la violencia con la masculinidad. La existencia de estructuras que oprimen a los eslabones más débiles de sus invisibles jerarquías -la heteronormatividad y el patriarcado- y el peso que se percibe sobre éstas en la sociedad puede resultar relevante a la hora de otorgar mayor o menor reconocimiento a la violencia intragénero. Un menor conocimiento sobre las estructuras heteronormativas puede hacer, por ejemplo, que la violencia en parejas del mismo sexo se perciba como de menor gravedad.

La importancia que recibe la violencia intragénero dentro y fuera del colectivo LGTBI es muy diferente. No se espera que un tema que no suscita debate fuera del colectivo ni es visto como un problema social, sea considerado importante por la sociedad. Las personas cercanas al colectivo cuantifican en menor cantidad la importancia que gays y lesbianas realmente dan a este problema. La existencia de problemas de mayor calado, la ausencia de un imaginario en el que verse reflejados, la despreocupación de los poderes públicos en proponer una solución y el desconocimiento de la magnitud del problema impiden que la violencia intragénero sea una de las principales preocupaciones en la agenda del colectivo LGTBI.

No se puede determinar si existen diferencias significativas entre los discursos de gays y lesbianas pero se ha percibido que tanto hombres como mujeres, sin importar su

orientación sexual, tienden a hacer referencias sobre su propio género, eludiendo afirmaciones categóricas sobre el género opuesto.

Respecto al análisis de los mitos y estereotipos, se puede afirmar que aquellos relacionados con los roles de género han acaparado mayor protagonismo respecto a los vinculados con la orientación sexual. Como se venía diciendo, gays y lesbianas rompen de manera más o menos abierta con los estereotipos de género, lo que dificulta su categorización dentro del binomio masculino-femenino. Aun así, se siguen atribuyendo caracteres femeninos a las mujeres lesbianas -más propensas a asestar violencia psicológicos y más dialogantes- y caracteres masculinos a hombres gays -más agresivos y predispuestos a los golpes-. Los estereotipos de género ayudan a invisibilizar todavía más la violencia entre parejas gays porque la estructura patriarcal no concibe que un hombre sea víctima y ello ocasiona burla e incredulidad. La adopción de roles y actitudes machistas es una de las explicaciones aportadas por las personas entrevistadas para justificar la existencia de violencia en parejas donde ninguno de los integrantes suprime estructuralmente a otro por razones de género.

Sobre el último objetivo propuesto, se puede afirmar que la respuesta institucional a la violencia intragénero en Navarra es insuficiente. Este tipo de violencia no recibe el trato esperado por parte de las personas entrevistadas, posiblemente fruto del desconocimiento y la ausencia de recursos. Los centros de atención a las víctimas de violencia más genéricos no son mencionados por las y los técnicos entrevistadas, sin embargo, en el estudio realizado por la FELGTB se constata que no son los medios más idóneos, ya que para acceder a ellos la víctima debe denunciar a su agresor y reconocer públicamente su orientación sexual, condición esta última que no todas las personas homosexuales están dispuestas a asumir. Los centros de atención a las víctimas de violencia en la pareja suelen estar orientados hacia la violencia de género y no tienen los

medios adecuados para tratar a los gays y las lesbianas agredidas, por lo que, en muchos casos, son rechazadas en estos servicios. Los servicios de atención a los colectivos LGTBI parecen ser los únicos en atender y acompañar a las víctimas de violencia en parejas del mismo sexo. Para poder atender correctamente a estas personas, los técnicos entrevistados demandan más educación -emocional y sexual-, una revisión legislativa que aborde la violencia intragénero, recursos y formación en los servicios públicos -tanto aquellos destinados a la atención de víctimas como a la atención del colectivo LGTBI- y la creación de unos protocolos flexibles que marquen cómo deben ser las actuaciones y qué recursos están disponibles. Navarra dispone de una normativa foral que regula los mecanismos de intervención en la violencia intragénero pero, al ser una ley de reciente incorporación, todavía no se han puesto en marcha sus medidas.

Por tanto, podría decirse que la hipótesis propuesta queda corroborada. La doble agresión a la que están expuestas las víctimas de violencia intragénero; la falta de información, concienciación y reconocimiento; la heteronormatividad; la escasa respuesta institucional ante la violencia intragénero; el debate inexistente fuera del colectivo LGTBI sobre esta cuestión; y la escasa prioridad del colectivo percibida por tratar esta cuestión, entre otros, favorecen que la violencia en las relaciones de pareja homosexuales permanezca invisibilizada en la sociedad navarra.

Esta cuestión abre nuevos frentes de investigación. Resultaría de gran interés conocer la incidencia de la violencia intragénero en Navarra o, incluso, profundizar en los elementos comunes y diferenciadores entre la violencia intragénero y la violencia de género. Por otro lado, la cuestión de los roles de género en las personas homosexuales ha suscitado grandes controversias en esta investigación, lo que invita a seguir trabajando en esta línea de estudio.

## REFERENCIAS

- ADAM, AURORA (2013). Una revisión sobre violencia de género. Todo un género de duda. *Gaceta internacional de ciencia forense*, 9, pp. 23-31.
- BOURDIEU, PIERRE (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama
- BLAIR TRUJILLO, ELSA (2009). Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Política y cultura*, 32, pp. 9-33.
- CARRATALÁ, ADOLFO (2016). Violencia intragénero y violencia machista: ¿Diferentes coberturas periodísticas para distintas realidades? En Oller Alonso, Martín y Tornay Márquez, M<sup>a</sup> Cruz [coord.], *Comunicación, periodismo y género. Una mirada desde Iberoamérica*, (pp. 148-170). Sevilla: Egregius.
- CUERVO PÉREZ, MÓNICA Y MARTÍNEZ CALAVERA, JOHN FREDDY (2013). Descripción y caracterización del Ciclo de Violencia que surge en la relación de pareja. *Tesis Psicológica*, 8(1), pp. 80-88.
- DURKHEIM, EMILE (1982) [1893]. *La división del trabajo social*. Madrid: Akal.
- GARCÍA GARCÍA, CARLOS (2017). *La huella de la violencia en parejas del mismo sexo*. Bilbao: Gomylex.
- GONZÁLEZ CALLEJA, EDUARDO (2000). La definición y la caracterización de la violencia desde el punto de vista de las ciencias sociales. *Arbol CLXVII*, 657, pp. 153-185.
- GONZÁLEZ ODDERA, MARIELA; MARTÍNEZ, ARIEL; LAMARQUE ANGELILLO, CAROLINA; RENZETTI, LUCÍA Y PÍA SIMONE, MARÍA (2016). La violencia en parejas del mismo sexo. Aportes para la construcción de un estado de la cuestión en Iberoamérica. *Perspectivas en psicología*, 13(2), pp. 107-114.

JARA, JESSICA (2016). Situaciones de violencia en parejas del mismo sexo. *Derecho y Ciencias sociales*, 14, pp. 104-116.

LAGAR MÉNDEZ, JESÚS (2017). Violencia intragénero: proyecto de investigación sobre la prevalencia y los factores asociados a la ejecución del maltrato [trabajo fin de grado]. Universidad de Salamanca.

Ley Foral 8/2017, de 19 de junio, para la igualdad social de las personas LGTBI+. Boletín Oficial de Navarra de 30 de junio de 2017.

Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, del Código Penal. Boletín Oficial del Estado, de 24 de noviembre de 1995, núm. 281.

Ley Orgánica 27/2003, de 31 de julio, reguladora de la Orden de protección de las víctimas de violencia doméstica. Boletín Oficial del Estado, de 1 de agosto de 2003, núm. 183.

Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. Boletín Oficial del Estado, de 29 de diciembre de 2004, núm. 313.

Ley Orgánica 3/2007, de 22 de marzo, para la igualdad efectiva de mujeres y hombres. Boletín Oficial del Estado, de 23 de marzo de 2007, núm. 71.

MARTÍNEZ PACHECO, AGUSTÍN (2016). La violencia. Conceptualización y elementos para su estudio. *Política y Cultura*, 46, pp. 7-31.

MARX, CARL (1959) [1867]. *El capital*. Vol.1. México: Fondo de Cultura Económica.

MENDIETA MARÍN, LIDIA (2008). *Violencia doméstica en parejas del mismo sexo (también conocida como violencia intragénero)*. [Recurso online] Recuperado de: [www.terapiaypericial.com](http://www.terapiaypericial.com)

- MUJICA FLORES, INMACULADA (2009). *Comparecencia ante la Subcomisión para el estudio del funcionamiento de la ley integral de medidas contra la violencia de género*. [Recurso online] Recuperado de: <http://www.aldarte.org/comun/imagenes/documentos/COMPARECENCIA.pdf>
- MUJICA FLORES, INMACULADA (2012). *Por los buenos tratos en las relaciones lésbicas y homosexuales. Informe para la inclusión de la perspectiva LGTB en los planteamientos sobre violencia de género: propuestas para el debate*. Bilbao: ALDARTE.
- ORTEGA LÓPEZ, ANTONIO (2014). *Agresión en parejas homosexuales en España y Argentina* [tesis doctoral]. Universidad Complutense de Madrid.
- PICHARDO GALÁN, JOSÉ IGNACIO (2008). (Homo)sexualidad y familia: cambios y continuidades al inicio del tercer milenio. *Política y sociedad*, 46(1), pp. 143-160.
- REBOLLO NORBERTO, JENIFER Y GÓMEZ GARCÍA, BEATRIZ [coord.] (2011). Informe sobre la situación de la violencia entre parejas del mismo sexo. FELGTB. [Recurso online] Recuperado de: <http://www.felgtb.org/temas/politicas-lesbicas/documentacion/i/6223/223/informe-2011-sobre-violencia-intragenero>
- RODRÍGUEZ OTERO, LUIS MANUEL; RODRÍGUEZ CASTRO, YOLANDA; LAMEIRAS FERNÁNDEZ, MARÍA Y CARRERA FERNÁNDEZ, MARÍA VICTORIA (2015). Violencia en parejas transexuales, trangénero e intersexuales: una revisión bibliográfica. *Saúde Soc. São Paulo*, 24(3), pp. 914-935.
- RODRÍGUEZ OTERO, LUIS MANUEL; RODRÍGUEZ CASTRO, YOLANDA; LAMEIRAS FERNÁNDEZ, MARÍA Y CARRERA FERNÁNDEZ, MARÍA VICTORIA (2017). Violencia en parejas gays, lesbianas y bisexuales: una revisión sistemática 2002-2012.

*Comunitania: International Journal of Social Work and Social Sciences*, 13, pp. 49-71.

RUIZ RUIZ, JORGE (2012). El grupo triangular: reflexiones metodológicas en torno a dos experiencias de investigación. *EMPIRA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 24, pp. 141-162.

TOLDOS ROMERO, MARÍA DE LA PAZ (2013). *Hombres víctimas y mujeres agresoras. La cara oculta de la violencia entre sexos*. Alicante: El árbol del silencio.

WEBER, MAX (2002) [1922]. *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. España: Fondo de cultura económica.